

DIÁLOGO POLÍTICO

EL FIN DEL ORDEN

El fin del orden

Las certezas que durante décadas sostuvieron el orden internacional parecen desvanecerse ante nuestros ojos, dejando al descubierto un escenario marcado por la incertidumbre y la fragmentación. Tras la Guerra Fría, la hegemonía estadounidense y el multilateralismo ofrecieron un marco relativamente estable: reglas claras, instituciones fuertes y una narrativa que vinculaba la apertura económica con la expansión democrática. Hoy, ese relato se resquebraja. Las tensiones geopolíticas, el auge de potencias emergentes y la erosión de consensos globales anuncian el fin de una era.

Este cambio es también simbólico. Las ideas que legitiman el orden liberal —la cooperación, la interdependencia, la fe en el progreso democrático— se enfrentan a una realidad donde prevalecen la competencia estratégica, el nacionalismo económico y la lógica transaccional. La globalización se convierte en terreno de disputa. Las cadenas de suministro se reconfiguran, los acuerdos comerciales se politizan y la tecnología se transforma en arma geopolítica. En este tablero, China emerge como actor central, mientras Estados Unidos redefine su papel, oscilando entre el repliegue y la confrontación. El resultado es un mundo menos previsible y más proclive al conflicto.

América Latina observa este proceso desde una posición ambigua. Por un lado, la región es objeto de interés en la competencia global: recursos estratégicos, mercados en expansión y un espacio geopolítico codiciado por las grandes potencias. Por otro lado, enfrenta sus propias debilidades internas: democracias fatigadas, instituciones frágiles y una ciudadanía que oscila entre la apatía y la indignación. El auge de liderazgos personalistas y discursos iliberales revelan un malestar profundo con los modelos tradicionales de representación. La promesa democrática, lejos de consolidarse, parece atrapada en una espiral de desconfianza y polarización.

¿Es posible conciliar las exigencias de la geopolítica con los ideales democráticos? Esta pregunta recorre las páginas de esta edición especial de *DIÁLOGO POLÍTICO*. No se trata solo de describir el declive del orden liberal, sino de interrogar sus implicaciones para nuestras sociedades. ¿Qué significa el *nuevo* sistema internacional para países con economías dependientes y democracias frágiles? ¿Cómo inciden las tensiones globales en

la configuración de élites, en la distribución del poder y en la narrativa política? ¿Estamos ante el final de un ciclo histórico o frente a la gestación de un nuevo paradigma?

Los análisis aquí reunidos ofrecen claves para comprender esta transición. Desde la redefinición del comercio mundial y el papel de China, hasta la expansión de los BRICS y la centralidad de la energía en la disputa global. Se examinan también los fenómenos internos: el retorno del autoritarismo, la construcción del narcisismo político y la incertidumbre sobre el rol de Brasil como potencia regional. Cada contribución ilumina una arista de un problema común: la tensión entre un orden que se desvanece y otro que aún no termina de nacer.

Reflexionar sobre *el fin del orden* no implica nostalgia por el pasado ni resignación ante el caos. Significa reconocer que las reglas que nos parecían inmutables son, en realidad, contingentes. Que la democracia, lejos de ser un punto de llegada, es un proyecto en disputa. Y que América Latina, en este contexto, debe decidir si será espectadora pasiva de la reconfiguración global o protagonista de su propio destino. El desafío es enorme: articular intereses nacionales con principios democráticos en un escenario donde la fuerza y la negociación reemplazan a la cooperación. Pero también es una oportunidad para repensar nuestras estrategias, renovar nuestras instituciones y recuperar la confianza en la política como herramienta de transformación.

Henning Suhr (Director)
Ángel Arellano (Editor)

Cambios en el ajedrez. La nueva realidad comercial y geopolítica en América Latina

JULIETA H. HEDUVAN



China se ha consolidado como socio comercial clave en América Latina mediante inversiones en infraestructura y financiamiento flexible. Aunque Estados Unidos mantiene niveles significativos de inversión, enfrenta limitaciones estructurales y pérdida de influencia relativa. La región emerge como espacio de competencia geopolítica con múltiples esferas de influencia coexistentes.

Durante más de un siglo, la influencia de Estados Unidos en América Latina y el Caribe (ALC) fue un principio incuestionable de la política internacional. El ingreso de China en la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001 marcó, sin embargo, el inicio de una transformación silenciosa pero profunda que está redefiniendo el mapa geopolítico regional. Este cambio no representa una simple sucesión de hegemonías, sino un complejo proceso de reconfiguración donde la geopolítica y la geoeconomía se entrelazan, creando un tablero de juego más complejo y dinámico.

La evidencia de esta transformación es abrumadora. En apenas dos décadas, China pasó de ser un actor marginal a convertirse en el principal socio comercial de Sudamérica desde 2010 y el segundo de toda la región, con proyecciones de que superará a Estados Unidos para 2035. Este ascenso meteórico se sustenta en una estrategia multifacética y de largo alcance que contrasta con lo que muchos analistas perciben como una desatención estratégica por parte de Washington.

El comercio como punta de lanza

El volumen comercial funciona como el termómetro más claro de este cambio estructural. El intercambio entre China y ALC

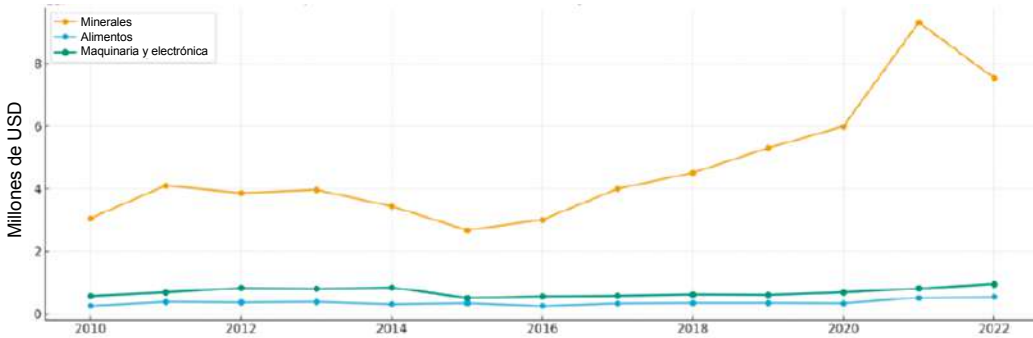
experimentó un crecimiento exponencial: de modestos 12.000 millones de dólares en 2000, escaló hasta los 450.000 millones en 2023 y alcanzó un récord histórico de 518.000 millones en 2024.

Este explosivo crecimiento refleja una relación profundamente complementaria pero potencialmente problemática: América Latina exporta principalmente materias primas, con cinco productos que representan el 67,2% del total: cobre, soja, mineral de hierro, petróleo crudo y cobre refinado; mientras importa manufacturas de alto valor agregado como maquinaria eléctrica, equipos mecánicos y vehículos (véanse gráficos 1 y 2).

Este patrón comercial ha generado superávits comerciales significativos para países exportadores de *commodities* como Brasil y Chile, cuyos excedentes tienden a superar el 2% de su PIB, pero ha profundizado déficits estructurales en economías más industrializadas como la de México, que alcanzó cerca del -6% de su PIB en 2023.

Por su parte, el comercio entre Estados Unidos y ALC exhibe un patrón estructural que refleja tanto las prioridades como las vulnerabilidades de ambas partes. Durante la última década, el intercambio se ha consolidado en términos absolutos, sin que ello haya modificado su lógica central: Estados Unidos exporta principalmente bienes in-

Gráfico 1. Importaciones de China desde América Latina por sector (2010-2022)



Fuente: Análisis de la autora a partir de datos del World Integrated Trade Solution (WITS).

dustriales de alto valor agregado —maquinaria, equipos eléctricos y manufacturas— e importa de la región recursos naturales, energía y alimentos (véase gráfico 3). Este esquema confirma la importancia de ALC como proveedor estratégico de materias primas críticas para la seguridad energética y alimentaria estadounidense, al tiempo que evidencia la dependencia de los países latinoamericanos de los mercados externos para sostener sus exportaciones.

No obstante, lo relevante no es únicamente el tamaño del intercambio, sino la competencia geopolítica que lo atraviesa. Aunque el comercio con Estados Unidos se ha expandido, su peso relativo en la región se ha reducido frente al avance de China, que también demanda recursos naturales pero al mismo tiempo compite en manufacturas y financiamiento.

La paradoja es evidente: Estados Unidos mantiene un comercio robusto con ALC, pero no ha logrado transformarlo en un motor renovado de influencia. En contraste, China ha capitalizado con mayor dinamismo las oportunidades ofreciendo a los países latinoamericanos un contrapeso estratégico frente a la tradicional centralidad de Washington.

La relación comercial de Estados Uni-

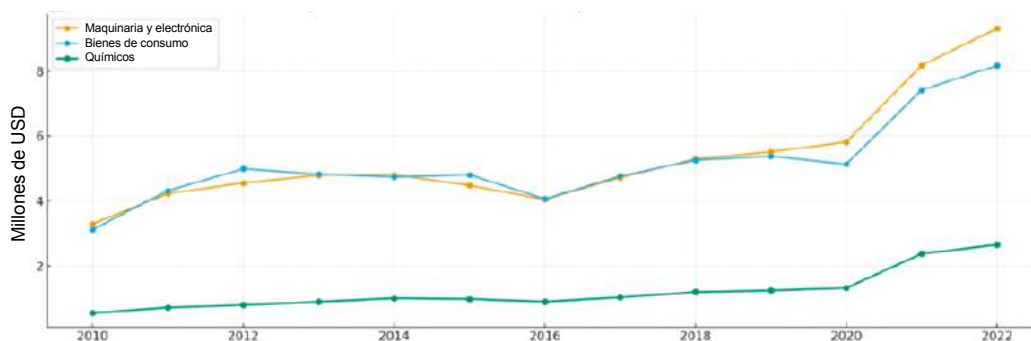
« En apenas dos décadas, China pasó de ser un actor marginal a convertirse en el principal socio comercial de Sudamérica desde 2010 » .

dos con la región se caracteriza por su madurez y componente estructural, mientras que la de China es más reciente y expansiva. Washington exporta principalmente bienes de capital, maquinaria avanzada y componentes industriales, muchos de ellos integrados en cadenas de valor regionales, particularmente en México y Centroamérica bajo el marco del T-MEC. Esto genera una interdependencia productiva que trasciende el simple intercambio.

Patrones de importación: diversificación versus concentración primaria

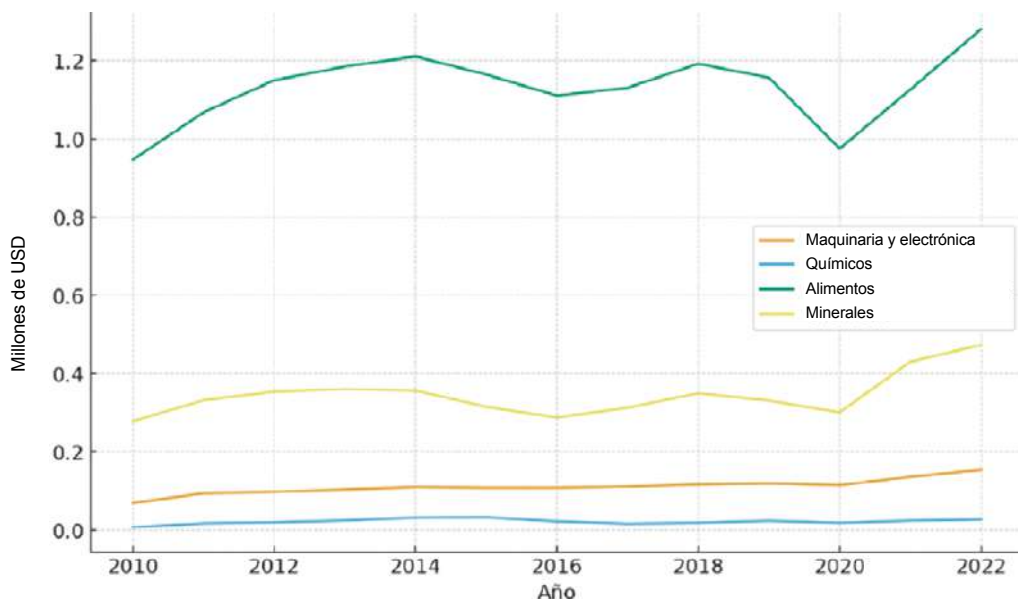
Respecto a las importaciones, ambos países adquieren *commodities*, aunque con énfasis distintos. Estados Unidos diversifica

Gráfico 2. Exportaciones de China hacia América Latina por sector (2010-2022)



Fuente: Análisis de la autora a partir de datos del WITS.

Gráfico 3. Comercio Estados Unidos-América Latina por sector (2010-2022)



Fuente: Análisis de la autora a partir de datos del WITS.

sus compras en ALC —energía, minerales estratégicos, productos agroindustriales y manufacturas básicas— alineándolas con sus necesidades de seguridad energética y alimentaria. China, en cambio, centra sus adquisiciones en recursos primarios a gran

escala —soja de Brasil y Argentina, cobre de Chile y Perú, petróleo de Venezuela y Brasil— esenciales para sostener su crecimiento industrial y urbano. Esta demanda concentrada tiene un efecto inmediato y significativo sobre los precios internacionales de las



materias primas y reconfiguran incentivos productivos en la región.

El resultado es una regionalización comercial segmentada, donde la complementariedad económica con China impulsa el crecimiento de las exportaciones primarias, mientras la relación con Estados Unidos conserva relevancia pero pierde participación relativa en el comercio regional. Mientras Estados Unidos mantiene un comercio más integrado y diversificado, China opera como un motor de demanda concentrado, capaz de transformar la estructura exportadora latinoamericana y de incrementar su influencia en la agenda económica y política regional.

» Estados Unidos exporta principalmente bienes industriales de alto valor agregado —maquinaria, equipos eléctricos y manufacturas— e importa de la región recursos naturales, energía y alimentos » .



La evolución de las inversiones: de préstamos estatales a sectores estratégicos

Más allá del comercio, la estrategia china en la región se manifiesta con particular intensidad en el ámbito de las inversiones. Si bien, según la CEPAL, la IED china representó solo el 2% de las entradas totales en 2024, esta cifra subestima significativamente su impacto real. La inversión china frecuentemente se canaliza a través de terceros países o se registra como concesiones y contratos de construcción, eludiendo las categorías tradicionales de IED. El stock real de inversión

china cuenta una historia diferente: creció de 126.300 millones de dólares en 2015 a más de 600.000 millones en 2023.

La estrategia de inversión china ha evolucionado cualitativamente, transitando desde los grandes préstamos estatales hacia inversiones de nueva planta dirigidas por empresas en sectores de alto valor agregado. Empresas como BYD y Great Wall Motors establecen plantas de vehículos eléctricos en Brasil y México; Huawei despliega infraestructura 5G por toda la región; y se multiplican las inversiones en minerales críticos como el litio en el Triángulo del Litio y el cobre en Perú. Geográficamente,

estas inversiones se concentran en las economías más grandes: Brasil (34% del total 2020-2023), Argentina (22,5%), México (15%) y Perú (11%).

La paradoja del mayor inversor con influencia decreciente

Mientras China diversifica y profundiza su presencia inversora en la región, Estados Unidos enfrenta una paradoja singular. En 2024 Washington se mantuvo como el principal inversor extranjero en la región, con el 38% del total de la inversión, equivalente a 188.962 millones de dólares. Sin embargo, esta posición de liderazgo convivió con una pérdida relativa de influencia, especialmente en Sudamérica, donde China ha ampliado su presencia de manera sostenida. Esta contradicción —ser el mayor inversor pero perder centralidad estratégica— responde a factores que van más allá de lo económico.

En el plano comercial, Estados Unidos conserva fortalezas históricas, aunque cada vez enfrenta mayor competencia de China. Si bien durante décadas fue considerado el socio estratégico natural de la región, Pekín ha desplazado a Washington como principal socio comercial en países como Brasil, Chile y Perú, y ocupa el segundo lugar en México. Las políticas comerciales norteamericanas, frecuentemente asociadas con la doctrina del *America First* y con medidas arancelarias percibidas como agresivas, han incentivado que los productores latinoamericanos diversifiquen mercados hacia Asia. En consecuencia, muchos gobiernos y sectores económicos de ALC perciben que la región ha quedado relegada en las prioridades de Washington.

» Mientras Estados Unidos mantiene un comercio más integrado y diversificado, China opera como un motor de demanda concentrado, capaz de transformar la estructura exportadora latinoamericana y de incrementar su influencia en la agenda económica y política regional « .

Velocidad china versus estándares estadounidenses

Las diferencias en los marcos de actuación también resultan significativas. Mientras que las empresas chinas suelen operar con mayor rapidez y menos condicionamientos políticos, ambientales o laborales, las compañías estadounidenses se enfrentan a estándares más rigurosos de transparencia y sostenibilidad. Aunque estas exigencias constituyen un aporte positivo en términos



de gobernanza, también tienden a reducir su competitividad relativa frente a China.

En este escenario, la inversión estadounidense se concentra cada vez más en sectores estratégicos vinculados a la seguridad nacional y a la reconfiguración de cadenas de suministro globales. Ejemplos destacados son los proyectos en México y Costa Rica orientados al fortalecimiento de la cadena de semiconductores y las iniciativas en Brasil destinadas a impulsar la minería crítica con estándares de *extracción limpia*.

Proyectos emblemáticos: la geopolítica del cemento y el acero

La competencia sinoestadounidense se materializa en proyectos de infraestructura que reconfiguran la geografía económica regional. El puerto de Chancay en Perú, desarrollado por cosco con una inversión de 3.500 millones de dólares, es mucho más que una terminal portuaria: es un centro estratégico que reducirá el tiempo de viaje marítimo a Shanghái en 10 días,

evitando deliberadamente el Canal de Panamá. Este proyecto crea dependencia económica, genera influencia y ofrece una ventaja logística tangible que altera los flujos comerciales establecidos.

El Corredor Bioceánico Central, por su parte, ilustra la ambición china de remodelar la logística sudamericana. Al crear una ruta terrestre eficiente para las materias primas brasileñas hacia el Pacífico, desafía los flujos comerciales tradicionales orientados al Atlántico y acerca económicamente a Sudamérica con Asia, marginalizando aún más las rutas que favorecerían a Estados Unidos o Europa.

El propio Canal de Panamá, símbolo por excelencia del poder e ingenio estadounidense durante más de un siglo, enfrenta ahora la competencia indirecta de estas nuevas rutas impulsadas por China. Chancay y el Corredor Bioceánico representan una estrategia calculada para *sortear* el canal, diluyendo su monopolio geoeconómico y la dependencia estratégica de una ruta controlada por un aliado tradicional de Washington.

Financiamiento, deuda e internacionalización del yuan

En cuanto al financiamiento, la deuda y la internacionalización del yuan, los bancos de política chinos han otorgado préstamos que superaron los 120.000 millones de dólares desde 2005, con estimaciones que llegan a más de 141.000 millones. Los principales deudores de estos fondos fueron Venezuela, con aproximadamente 60.000 millones, y Brasil, con 31.000 millones.

Si bien este flujo de préstamos de los bancos de política ha disminuido drásticamente en los últimos años —llegando casi a cero en el caso de la Iniciativa de la Franja y la

« Si bien durante décadas fue considerado el socio estratégico natural de la región, Pekín ha desplazado a Washington como principal socio comercial en países como Brasil, Chile y Perú, y ocupa el segundo lugar en México » .

Ruta (BRI) en 2020 y con una lenta recuperación pospandemia—, fue crucial para que China ganara influencia en la región a través de la diplomacia infraestructural. Esta disminución se debe a factores como la menor demanda de financiamiento chino por parte de ALC, cambios en la gestión de reservas de divisas de China y una mayor aversión al riesgo de los prestamistas chinos.

Actualmente, la estrategia de financiamiento de China se complementa con nuevas líneas de crédito. En el Foro China-CELAC celebrado en Beijing en mayo de 2025, el líder chino Xi Jinping anunció la provisión de nuevas líneas de crédito denominadas en yuanes. Estas ascienden a ¥66.000 millones, lo que equivale a aproximadamente 9.200 millones de dólares estadounidenses con el objetivo de apoyar al desarrollo de infraestructura, la reducción de la pobreza y la transformación digital.

Además de estas líneas de crédito, China ha fortalecido sus lazos financieros y ha promovido la internacionalización de su moneda, el renminbi (RMB), mediante la firma de acuerdos de *swap* monetario. Hasta 2022, China había firmado acuerdos bilaterales de *swap* de moneda local con los bancos centrales de Argentina, Brasil,

Surinam y Chile. Estos acuerdos buscan expandir el uso del yuan en transacciones transfronterizas. Un ejemplo destacado de estos acuerdos es el pactado entre China y Brasil en febrero de 2023. Ambas naciones acordaron un *swap* de moneda por un valor de R\$157.000 millones de reales brasileños (28.000 millones de dólares estadounidenses), con una vigencia de cinco años.

La respuesta estadounidense: iniciativas limitadas y desafíos estructurales

La administración del presidente Joe Biden, quien durante su vicepresidencia ya había abogado por una renovación del liderazgo estadounidense en la región para contrarrestar el ascenso de China, identificó a este país como un *competidor estratégico* y prometió fortalecer las alianzas en el hemisferio occidental. En 2021, en coordinación con los socios del G7, lanzó la iniciativa Build Back Better World (B3W), diseñada como una alternativa a la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI) de China, con el objetivo de financiar infraestructura en países de ingresos bajos y medios, incluyendo América Latina. Sin embargo, el impacto inicial fue simbólico: solo se comprometieron 6 millones de dólares en su primer año, una cifra irrisoria comparada con los cientos de miles de millones movilizados por Beijing. La iniciativa fue posteriormente relanzada como Partnership for Global Infrastructure and Investment.

En la Cumbre de las Américas de 2022, Biden anunció la creación del Americas Partnership for Economic Prosperity, para mejorar la competitividad económica regional. Paralelamente, se propusieron iniciativas legislativas como el *Western Hemisphere Nearshoring Act* (H.R. 772) en el 118° Congreso, orientadas a establecer asociaciones

» El puerto de Chancay es mucho más que una terminal portuaria: es un centro estratégico que reducirá el tiempo de viaje marítimo a Shanghái en 10 días, evitando deliberadamente el Canal de Panamá « .

comerciales permanentes que incentivarán el *reshoring* o *nearshoring* de cadenas de suministro desde China hacia países más cercanos a Estados Unidos. No obstante, ninguna de estas propuestas ha avanzado en el Congreso, lo que evidencia las limitaciones domésticas y la falta de consenso político para una estrategia audaz y con recursos suficientes.

La paradoja de la DFC: inversión sin alcance

Una de las herramientas clave de Washington es la Corporación Financiera de Desarrollo Internacional de Estados Unidos (DFC), encargada de financiar proyectos en el extranjero. Un caso presentado como exitoso es la aprobación de 30 millones de dólares para un proyecto de minería de cobalto y níquel en Brasil, destinado a la producción de baterías de iones de litio. Sin embargo, este caso es la excepción que confirma la regla: bajo su mandato actual, la DFC considera que todos los países de América Latina, excepto Bolivia, Honduras, Nicaragua y Haití, son demasiado ricos para calificar para la mayoría de sus apoyos financieros. El proyecto brasileño solo se aprobó tras una revisión especial multiagencia.

Comparación de estrategias de China y Estados Unidos en ALC

Estrategia proactiva a largo plazo

Enfoque comercial complementario

Modalidad de inversión flexible

Baja condicionalidad política

Percepción pública en ascenso

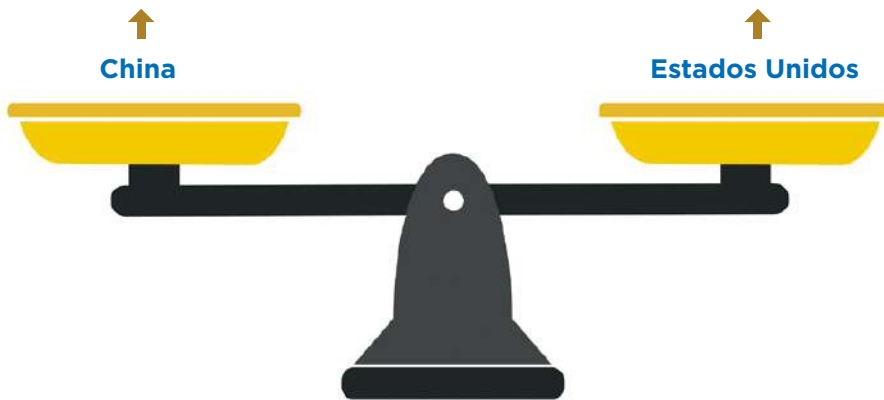
Estrategia reactiva a corto plazo

Enfoque comercial competitivo

Modalidad de inversión tradicional

Alta condicionalidad política

Percepción pública en declive



Esta limitación estructural deja un vacío que China aprovecha. Un ejemplo emblemático es Guyana. A pesar de ser un socio estratégico donde empresas estadounidenses como ExxonMobil y Hess son responsables de la extracción de sus vastas reservas de petróleo, el país no calificó para financiamiento de la DFC para expandir un puerto petrolero debido a su nueva riqueza petrolera. Esta negativa abrió la puerta a contratistas chinos para ejecutar la obra de infraestructura crítica. Como resume Ryan Berg, del Center for Strategic and International Studies: «Estados Unidos se encarga de extraer el petróleo, pero China está construyendo gran parte de la infraestructura». Esta paradoja ilustra a la perfección la desconexión entre la retórica estratégica de Washington y

❖ **Más que una simple sustitución de hegemonías, lo que emerge es un escenario de superposición de esferas de influencia, donde cada potencia ocupa nichos distintos y los países de la región ejercen una agencia significativa.** ❖

la realidad de sus instrumentos de política exterior, que a menudo resultan inflexibles, están infrafinanciados y no logran ofrecer una alternativa convincente a la oferta chi-

na, que llega sin condiciones de ingresos y con una burocracia ágil.

Este contraste (véase cuadro 1) explica por qué el modelo chino ha resultado tan efectivo en ganar terreno rápidamente, especialmente en un contexto de necesidades urgentes de infraestructura y financiamiento inmediato que caracteriza a muchos países de la región.

Conclusión

El estudio de la competencia entre Estados Unidos y China en ALC permite comprender no solo la dinámica bilateral, sino también las transformaciones del sistema internacional. Mientras Washington mantiene ventajas cuantitativas en la inversión extranjera y en sectores clave como los servicios financieros o los semiconductores, Pekín ha avanzado en consolidar una presencia multifacética que combina comercio, infraestructura, innovación tecnológica e influencia cultural.

Más que una simple sustitución de hegemonías, lo que emerge es un escenario de superposición de esferas de influencia, donde cada potencia ocupa nichos distintos y los países de la región ejercen una agencia significativa.

En Brasil, por ejemplo, China es socio comercial central mientras que Estados Unidos sigue siendo un inversor clave en industrias estratégicas; en México, la dependencia estructural de la economía estadounidense coexiste con la creciente penetración manufacturera china; en los países andinos, la búsqueda de financiamiento para proyectos de infraestructura o minería crítica lleva a negociar simultáneamente con Washington y Pekín.

La conclusión más relevante es que el futuro de América Latina y el Caribe no dependerá únicamente de la intensidad de la

« El futuro de América Latina y el Caribe no dependerá únicamente de la intensidad de la competencia entre Estados Unidos y China, sino de la capacidad de la región para articular una estrategia propia de inserción internacional. »

competencia entre Estados Unidos y China, sino de la capacidad de la región para articular una estrategia propia de inserción internacional.

Esa estrategia deberá equilibrar las oportunidades de diversificación con la necesidad de evitar nuevas dependencias, integrando la agenda económica con dimensiones ambientales, sociales y de gobernanza democrática.

En ese sentido, América Latina y el Caribe no es un espacio pasivo de disputa, sino un actor cuyo margen de maniobra puede contribuir a moldear las reglas de un orden internacional en transición. ♦

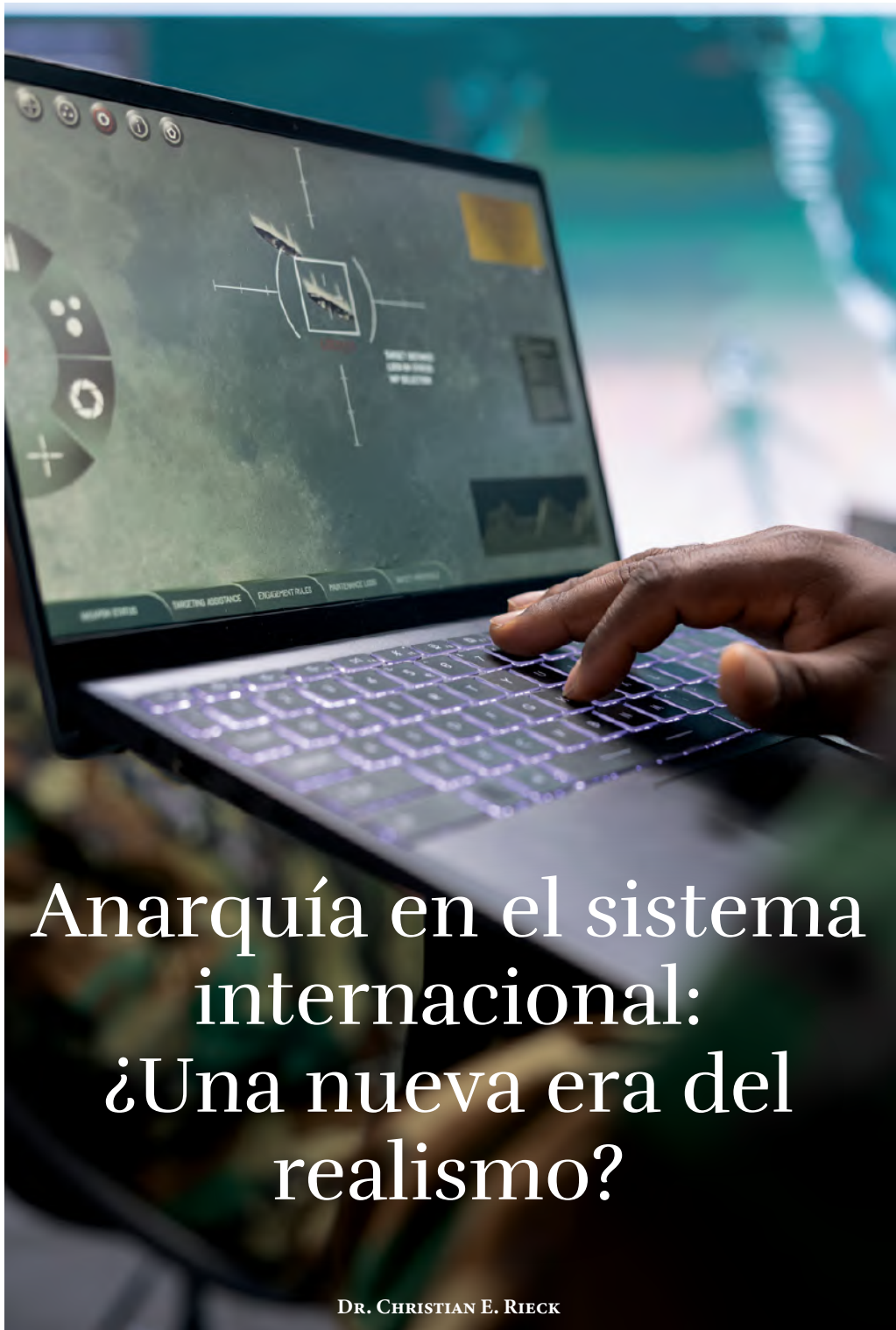


Julieta H. Heduvan

Internacionalista y magíster en estudios latinoamericanos por la Universidad de Salamanca. Autora del libro *Paraguay, política*

exterior e integración regional. Un recorrido hacia la contemporaneidad (Intercontinental, 2019). Coordinadora de la Asociación Latinoamericana de Estudios de Asia y África en Paraguay.

X: @julyheduvan



Anarquía en el sistema internacional: ¿Una nueva era del realismo?

DR. CHRISTIAN E. RIECK

La agresión rusa ha transformado el orden internacional y obligado a Alemania a abandonar su tradicional autoconcepción de potencia civil. La *Zeitenwende* marca un giro hacia el realismo: rearme, liderazgo europeo en defensa y redefinición del papel alemán internacional para mejor combinar poder duro y blando en un mundo multipolar.

El oscurecimiento de las relaciones internacionales

El *geopolitical turn* en las relaciones internacionales, con su renovado énfasis en la coacción, el transaccionalismo, el poder duro y las esferas de influencia, ha reactivado un concepto fundamental en relaciones internacionales que llevaba mucho tiempo en suspenso: la anarquía. Antes de la guerra contra Ucrania, para muchos de los observadores —si no la mayoría— la anarquía parecía haber quedado relegada, neutralizada por un corpus cada vez más amplio de normas jurídicas internacionales y un *habitus* cooperativo profundamente arraigado en buena parte del mundo. Al menos en Europa, la región más constructivista del planeta, la rivalidad violenta entre Estados se había logrado contener y transformar dentro de la Unión Europea (UE).

Desde Bruselas, Berlín, París o Madrid parecía que el institucionalismo liberal de la Unión —la convicción de que la anarquía podía superarse mediante organizaciones internacionales y tratados basados en el libre comercio, el sufragio universal, las libertades civiles y la igualdad soberana— sería algún día aceptado por el resto del mundo como el modelo superior de relaciones interestatales.

La historia saldría ganando, siempre y cuando la UE prosperara, y la UE se veía a sí misma como el epítome de lo que Hanns Maull (2007) denominó una *potencia civil* (*Zivilmacht*). En ningún lugar estaba esta convicción más arraigada que en Berlín, la superpotencia del poder blando (*soft power superpower*).

Sin embargo, esta realidad institucionalista-liberal dificultó que los europeos comprendieran por qué otras regiones del mundo percibían su entorno —y el orden internacional en general— de maneras radicalmente diferentes. Los mayores niveles de desconfianza entre los actores estatales fuera de Europa, pero también la proximidad a polos geoeconómicos iliberales en un mundo multipolar, hicieron que las regiones no occidentales estuviesen mejor preparadas para este nuevo orden. Lo que Europa interpreta como un *oscurecimiento* de las relaciones internacionales puede ser visto, desde otras partes del mundo, como una profundización de estrategias y estructuras de larga data. Como recuerda el viejo principio realista, «los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben» (Tucídides). El mundo no europeo siempre ha vivido una realidad más anárquica que la europea, o al menos que su versión posterior a 1945.

Es evidente que la guerra contra Ucrania ha alterado no solo el orden de seguridad europeo, sino también, a un nivel mucho más profundo, la forma en que la UE concibe su relación con el mundo. Mantener la esperanza de un retorno a vínculos más amistosos con Rusia, mediante canales abiertos de comunicación y limitaciones a la capacidad ofensiva de Ucrania, hoy parece como apaciguamiento de Moscú. Pero ese comportamiento surge de las ilusiones de interdependencia que simbolizó hasta 2022 el concepto de *asociación para la modernización* (*Modernisierungspartnerschaft*), producto de una convicción (liberal-institucionalista) predominante en los años noventa de que la interdependencia económica (gas natural a cambio de tecnología) conduciría a la liberalización y la estabilidad en Rusia (Scianna, 2024). La pregunta clave, entonces, es qué significan la intensificación de la rivalidad entre las grandes potencias y esta nueva era geopolítica para la política exterior alemana y, por extensión, para la europea.

Un orden mundial dislocado y la emergente coalición autoritaria

China y Estados Unidos reescriben las reglas globales

A pesar de la urgencia de la guerra total contra Ucrania desde 2022, el desafío estratégico para el orden internacional liberal tiene hoy dos ejes principales. En primer lugar, China, bajo el liderazgo de Xi Jinping, ha abandonado la vía del *ascenso pacífico* y ha adoptado un papel mucho más asertivo tanto a nivel regional como global. En segundo lugar, la administración de Donald Trump renunció al papel de Estados Unidos como *potencia del statu quo* y comenzó a reescribir activamente las reglas de la go-

« La anarquía parecía haber quedado relegada, neutralizada por un corpus cada vez más amplio de normas jurídicas internacionales y un *habitus* cooperativo profundamente arraigado. »

bernanza global, especialmente en materia de comercio y seguridad. Desde 2016, Carlo Masala (2025) ha descrito esta nueva situación como un *desorden mundial*.

A nivel regional —particularmente en el mar de China Meridional—, Pekín ha adoptado una postura más robusta, a pesar de haber mantenido durante más de dos décadas relaciones comerciales profundamente integradas y, en general, benignas con sus vecinos. Taiwán y Japón se convirtieron, pese a su compleja historia con China, en las principales fuentes de inversión extranjera directa en el país.

Sin embargo, tras reclamar la mayor parte del mar de China Meridional —incluidas las disputadas islas Paracel y Spratly, así como Taiwán y las islas Senkaku/Diaoyu (Pinnacle)— mediante su *línea de nueve trazos* en 2009, China comenzó a fortificar islotes en esas aguas y aumentaron los enfrentamientos con buques de la guardia costera de Filipinas y Japón. Todo ello ocurre en un contexto de grandes esfuerzos de Pekín de modernización del Ejército Popular de Liberación con el objetivo de transformarlo en una fuerza de combate de primer nivel capaz de competir con la de Estados Unidos (Stumbaum y De Cet, 2025).

Los países vecinos de China —desde la Asociación de Naciones del Sudeste Asiá-



tico (ASEAN) hasta Taiwán, Corea del Sur y Japón, pasando por India, Australia y el Pacífico— han gestionado la nueva asertividad de Pekín mediante diversas estrategias de cobertura de riesgo (*hedging*), que incluyen acuerdos bilaterales de libre comercio, alineaciones geopolíticas múltiples (*multi-alignment*) y una cooperación en materia de seguridad cada vez más profunda con Estados Unidos (Short, 2025).

Paralelamente, los actores regionales han incrementado significativamente sus inversiones en defensa: el crecimiento del poderío militar en toda la región ha sido

notable, con importantes esfuerzos de modernización en varios miembros de la ASEAN (especialmente Vietnam) y en socios de la OTAN+, como Japón, Corea del Sur y, cada vez más, Australia. Aun así, estas inversiones siguen siendo modestas en comparación con las mejoras militares emprendidas por Pekín.

Finalmente, grandes potencias extrarregionales (incluida Alemania) han incrementado también su presencia en el mar de China Meridional mediante ejercicios conjuntos y operaciones de libertad de navegación, con el fin de defender el derecho inter-

nacional y las normas de comportamiento regionales e internacionales (Grossmann, 2020). Las tensiones, en consecuencia, continúan en aumento.

La ofensiva china en las organizaciones internacionales

A nivel global, China ha desafiado de forma creciente el liderazgo occidental en las organizaciones internacionales durante las dos últimas décadas. Lo ha hecho mediante diversas estrategias: promoviendo el nombramiento de funcionarios chinos en puestos clave de instituciones como la Organización Mundial de la Salud (OMS) o la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO); bloqueando el mecanismo de solución de controversias de la Organización Mundial del Comercio (OMC); o asumiendo un papel más destacado en la lucha mundial contra el cambio climático, tanto dentro como fuera del marco del Acuerdo de París.

Pekín también ha creado *organizaciones paralelas*, como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras (AIIB), fundado en 2015, que compite con el Banco Asiático de Desarrollo (ADB), liderado por Japón desde 1966 e inspirado en el Banco Mundial. El plan de Pekín de convertirse en una potencia polar para 2030, su protagonismo en el recientemente ampliado grupo BRICS y en la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), así como su Iniciativa de Gobernanza Global (GGI), también ilustran el creciente perfil internacional de China (Lagarda, 2025). Otros ejemplos son la ambiciosa Nueva Ruta de la Seda (*Belt and Road Initiative*, BRI) —posiblemente la mayor iniciativa de desarrollo de infraestructuras de la historia— y la creciente influencia china en Latinoamérica, que han logrado,



» China ha logrado definir una esfera de influencia y construir una coalición internacional de Estados afines, mientras Estados Unidos ha contribuido a socavar el orden liberal internacional. «



sobre la base de la interdependencia económica pero también mediante una diplomacia militar consistente, proporcionar a Pekín un grado muy alto de influencia política en los países participantes.

El orden transaccional de Trump y la Internacional autoritaria

La administración de Trump, por su parte, reaccionó al ascenso de China utilizando la centralidad de Estados Unidos

en la economía mundial para establecer un nuevo orden geoeconómico más transaccional y menos institucionalizado. La capacidad de coerción económica, política y militar de Washington —manifestada en el uso de aranceles como arma económica (India, Brasil, T-MEC), la instrumentalización de la ayuda militar (OTAN, Ucrania) y las amenazas de intervención (México, Venezuela)— le ha permitido obtener concesiones de aliados y adversarios por igual.

El cambio de postura militar de Washington en el hemisferio occidental busca profundizar la doctrina Monroe y podría resultar fundamental si se declara la guerra a la narcoeconomía transnacional de forma más militarizada y, en un futuro quizás no tan lejano, Washington quisiera expulsar a los competidores económicos de su esfera de influencia. El costo a nivel global ha sido considerable: el sistema de las Naciones Unidas se encuentra en desorden, las potencias emergentes profundizan su alineación múltiple al margen de Washington y los aliados europeos de la OTAN refuerzan su autonomía estratégica ante una posible retirada militar estadounidense.

Los niveles de confianza hacia Washington han caído drásticamente. Su nueva postura podría dejar a Estados Unidos con menos aliados y mayor aislamiento internacional. En un mundo que avanza hacia una creciente multipolaridad, China ha logrado definir una esfera de influencia y construir una coalición internacional de Estados afines, mientras Estados Unidos ha contribuido a socavar el orden liberal internacional usando sus instrumentos de coerción y así renunciando, en la práctica, al liderazgo mundial (Daalder y Lindsay, 2018).

Para los europeos, esta nueva América seguirá siendo un socio difícil. Eso le da a las relaciones de los europeos con países afines en Latinoamérica y en el Indopacífico una importancia adicional. El apoyo cambiante e impredecible de la administración Trump a Ucrania complica las negociaciones internas de la UE destinadas a reforzar su política de defensa, ya que los europeos deben asumir una porción cada vez mayor de la ayuda militar a Kiev. Esto ha desviado la atención europea de las estrategias de construcción de un orden global alternativo lideradas por Pekín, que, aunque menos urgentes, representan un reto más profundo y duradero para una Europa dependien-

te de un sistema multilateral eficaz.

Al mismo tiempo, Rusia ha profundizado sus alianzas con China, Corea del Norte e Irán para sostener su guerra contra Ucrania. Moscú busca crear una suerte de «Internacional autoritaria», integrada por una alianza militar, la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (CSTO), con Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Armenia; drones armados procedentes de Teherán; proyectiles de artillería norcoreanos; y productos de doble uso (*dual use*) suministrados por Pekín. Angela Stent (2025) ha denominado CRINK (acrónimo de China, Rusia, Irán y Corea del Norte) a esta alianza emergente.

La reacción multinacional de Alemania ante la hegemonía rusa

La Zeitenwende: del incrementalismo al cambio radical

La respuesta alemana al auge de la llamada «Internacional autoritaria» se ha manifestado, ante todo, en el endurecimiento de su postura de defensa convencional, con un enfoque prioritario en el flanco oriental de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). El presupuesto de defensa comenzó a incrementarse lentamente a partir de 2014, tras la anexión rusa de la península de Crimea (Sasse, 2023). No obstante, estas medidas graduales no bastaron para mejorar de forma sustancial las capacidades de disuasión de la Bundeswehr, que aún carece de elementos críticos y *strategic enablers* (Burilkov y Rieck, 2023).

La situación cambió a finales de febrero de 2022 cuando, pocos días después de la invasión a gran escala de Ucrania, el canciller Olaf Scholz declaró que Europa estaba viviendo una *Zeitenwende* —un cambio de



época en materia de defensa— (Bundesregierung, 2022). En ese contexto, creó un fondo especial (*Sondervermögen*) de 100.000 millones de euros destinado a la reconstrucción de las fuerzas armadas y al restablecimiento de la defensa territorial. Para la Bundeswehr, ello implicó una transformación profunda, ya que llevaba casi tres décadas orientando su estructura, formación y equipamiento hacia misiones de estabilización en el extranjero (Neitzel, 2025, pp. 100-105). En el plano europeo, Alemania también actuó con rapidez: en agosto de 2022 estableció la Iniciativa Europea de Escudo Aéreo (ESSI), concebida como un sistema integrado de defensa anti-aérea y antibalística para el continente.

Brigada en Lituania y el eje Berlín-Varsovia

La expresión más visible de este cambio de paradigma en materia de seguridad y defensa es el despliegue de una nueva brigada pesada en Lituania liderada por Alemania. Por primera vez en la historia del ejército alemán, tropas alemanas se estacionarán de forma permanente fuera del territorio nacional —y, significativamente, en una región que fue ocupada por la *Wehrmacht* durante la Segunda Guerra Mundial—. En 2026, la actual Presencia Avanzada Reforzada (Enhanced Forward Presence, eFP) multinacional de la OTAN en Lituania se integrará en esta nueva brigada blindada 45. Aunque su despliegue reforzará la defensa de los países bálticos —cuyas fuerzas armadas son reducidas—, persisten dudas sobre la capacidad de la OTAN para abastecerla a través del corredor de Suwalki o por la vía marítima bajo condiciones de guerra, dada la proximidad de la fortaleza rusa de Kaliningrado.

El nuevo gobierno federal, encabezado por el canciller Friedrich Merz, ha impulsado un segundo fondo especial para las Fuerzas Armadas, un incremento sostenido

❖ **Por primera vez en la historia del ejército alemán, tropas alemanas se estacionarán de forma permanente fuera del territorio nacional, en una región que fue ocupada por la *Wehrmacht* durante la Segunda Guerra Mundial.** ❖

del gasto en defensa hasta alcanzar el 3,5% del PIB en los próximos años (83.000 millones de euros en 2024) y la reintroducción del servicio militar obligatorio (Bundesregierung, 2025). Alemania volverá así a contar con el ejército convencional más grande de Europa y, en caso de conflicto, se convertirá en un centro logístico estratégico para el refuerzo del flanco oriental.

Las estrechas relaciones con Polonia bajo el primer ministro Donald Tusk —respaldadas, entre otros mecanismos, por el Cuerpo Multinacional del Noreste en Szczecin— son una base sólida para esa función. Existe un consenso firme entre Berlín y Varsovia, especialmente en materia de defensa, de modo que la *Zeitenwende* alemana complementa el notable rearme polaco, también centrado en el flanco oriental de la OTAN: el presupuesto de defensa de Polonia pasó de 10.000 millones de dólares en 2014 a 15.000 millones en 2022 y alcanzó 38.000 millones en 2024 (World Bank, 2025).

Europa refuerza su arquitectura de defensa

Fiel a su tradición de política exterior, Berlín ha aprovechado su *Zeitenwende* para reforzar los mecanismos de integración europea, impulsando tanto una postura más

robusta de defensa en el seno de la UE como una reafirmación del papel central de Alemania dentro de la OTAN (Rathke y Luetkefend, 2025). La presión estadounidense y las exigencias derivadas de la guerra contra Ucrania han llevado a los aliados europeos a comprometerse con aumentos sustanciales del gasto en defensa —hasta un 3,5% del PIB para defensa básica y un 1,5% adicional para la infraestructura civil correspondiente—.

Este renacimiento de la OTAN ha coincidido con otra *Zeitenwende*, quizás aún más trascendental, en la misma Bruselas. Desde 2019, la autodenominada Comisión Geopolítica, presidida por Ursula von der Leyen, ha fortalecido el papel de la Agencia Europea de Defensa (EDA) en la planificación, investigación y desarrollo militar. También ha transformado la Facilidad para la Paz (EPF), un instrumento europeo extrapresupuestario de prevención de conflictos, en un fondo para facilitar la compra de armamentos para Ucrania, ya que los tratados europeos prohíben el uso del presupuesto de la UE para propósitos bélicos. En octubre de 2023 lanzó la EDIRPA (Programa de Apoyo a la Industria de Defensa Europea mediante Adquisiciones Comunes), una ley europea para el refuerzo de la industria de defensa mediante la adquisición en común de material militar.

En 2024 se creó el primer Comisario de Defensa de la UE, y en mayo de 2025 se lanzó la Acción de Seguridad para Europa (SAFE), un instrumento financiero supranacional destinado a acelerar la preparación defensiva de los Estados miembros. Este mecanismo facilita inversiones urgentes y estratégicas en la industria europea de defensa, con atención prioritaria a las *critical capabilities* (European Commission, 2025). No se trata de una militarización de la UE, pero sí de un cambio significativo en su papel como actor en la defensa europea. Al permitir la partici-

«**Alemania se ha concebido a sí misma como una potencia civil (*Zivilmacht*): una potencia media benigna que, invierte en instituciones regionales y globales para proveer bienes públicos globales.**»

pación en estos mecanismos de socios no pertenecientes a la OTAN, la UE también busca fortalecer los lazos con *like-minded partners* más allá del escenario euroatlántico, especialmente en el ámbito tecnológico, lo que podría representar una oportunidad considerable para el sector europeo de defensa en el Indopacífico (Besch, 2025) como también, en niveles más bajos, en Latinoamérica.

La guerra contra Ucrania pone a prueba la determinación de la OTAN, una alianza militar que ha permanecido en modo de paz —al menos en Europa— desde el fin de la Guerra Fría. El número de efectivos se ha reducido considerablemente, la preparación operativa del equipo militar es limitada, los procesos de adquisición resultan lentos y la producción industrial de defensa es insuficiente. Si bien los cambios recientes han sido profundos y necesarios, su implementación ha sido lenta, lo que ha llevado a algunos observadores a hablar incluso de la *muerte* de la *Zeitenwende* (Tallis, 2024). Persisten limitaciones en la capacidad industrial de armamentos y en la contratación de personal militar, aunque el financiamiento ya no constituye el cuello de botella crítico que era antes de 2022 (Matlé, 2025).

Redefiniendo una autoconcepción de política exterior

De la Zivilmacht al realismo: redefinir el poder alemán

Alemania necesita redefinir su autoconcepción y su papel en un contexto global en el que las condiciones para la proyección del poder blando se deterioran rápidamente. Desde la reunificación en 1990, Berlín ha cultivado un nicho distintivo en las relaciones internacionales: centrada en el poder blando y la influencia no coercitiva, ha privilegiado la cooperación al desarrollo, la diplomacia científica y la interdependencia económica como sustitutos funcionales de la política de poder.

En este marco, Alemania se ha concedido a sí misma como una potencia civil (*Zivilmacht*): una potencia media benigna que, mediante la diplomacia, el desarrollo y la defensa, invierte en instituciones regionales y globales para proveer bienes públicos globales. Su liderazgo en la diplomacia climática y su condición de uno de los mayores donantes de ayuda oficial al desarrollo son indicadores claros de este papel.

Este conjunto de herramientas de política exterior liberal e institucionalista se adaptó bien a las primeras décadas tras el fin de la Guerra Fría y consolidó a Alemania como una de las principales potencias económicas y políticas del mundo. No obstante, este éxito también reforzó una autoconcepción que, basada en valores definidos por Berlín como universalmente benignos, a menudo ha derivado en un notable grado de moralismo.

Esta concepción de *Zivilmacht*, aunque sigue siendo válida —pues los bienes públicos globales continúan dependiendo de proveedores y defensores que actúan de forma colectiva y consensuada— resulta

insuficiente ante la actual rivalidad entre grandes potencias (Maull, 2025). Para que el poder civil alemán mantenga su influencia, su núcleo liberal-institucionalista debe complementarse con componentes realistas más duros.

En otras palabras, el poder blando requiere hoy una base de poder duro: este último constituye la caja de resonancia a través de la cual el poder blando puede proyectarse eficazmente en la constelación geopolítica actual. Otras potencias medias como el Reino Unido o Francia asimilaron esta lección hace tiempo; para las élites políticas y la sociedad civil alemanas, sin embargo, supone una renegociación profunda de los valores e intereses que orientan su política exterior. En este contexto, la guerra en Ucrania ha abierto efectivamente la puerta a una auténtica *Zeitenwende*, un cambio de paradigma fundamental en la política de defensa alemana.

Solidaridad estratégica con el Occidente ampliado

Ante las coaliciones iliberales y las asociaciones autoritarias como crink, las inversiones de Alemania en defensa deben entenderse también como una contribución al reparto global de cargas dentro de la OTAN,

» El poder blando requiere hoy una base de poder duro: este último constituye la caja de resonancia a través de la cual el poder blando puede proyectarse eficazmente. «

lo que permite a otros aliados concentrarse en el Indopacífico. Estas acciones funcionan además como señales de compromiso hacia los socios de la OTAN+ en esa región (*alliance signalling*), es decir, de solidaridad estratégica, reforzadas por una mayor —aunque no agresiva— presencia de las fuerzas armadas alemanas.

La idea de la solidaridad estratégica en un *Occidente ampliado* también es una guía útil para la política alemana hacia América Latina: ni Alemania ni Europa podrán desempeñar un papel destacado en materia de política de seguridad en la región, ya que la cooperación militar con Estados Unidos —excepto en Cuba, Nicaragua y Venezuela— está muy institucionalizada y, a pesar de la retórica antiamericana que resurge periódicamente, parece ser generalmente aceptada.

El potencial de cooperación con los europeos se encuentra en los ámbitos de las materias primas estratégicas —especialmente el litio y las tierras raras—, el comercio y la tecnología. Teniendo en cuenta el poder económico de China en América Latina y la dependencia europea de los productos preliminares chinos para alcanzar su autonomía tecnológica, el acuerdo de libre comercio de la UE con el Mercosur ya no parece ser una expresión de una asociación basada en valores comunes entre dos regiones democráticas del mundo, sino más bien un proceso pragmático de reducción del riesgo geoeconómico para ambas regiones (*de-risking*).

América Latina y el Caribe contribuye a la resiliencia económica, tecnológica y, en última instancia, también militar del Occidente ampliado. En mi opinión, esto debería incluir una mayor cooperación en materia de armamento con los Estados de América Latina que estén interesados en una asociación para la modernización militar. Se necesitaría, al menos, una liberalización de

» Puede que el mundo se esté volviendo más anárquico, pero, como decía Alexander Wendt (1992), la anarquía sigue siendo lo que los Estados hacen de ella. «

la política alemana de exportación de armamento, como en el caso del Indopacífico.

Alianzas globales para un mundo anárquico

A pesar de sus deficiencias, la *Zeitenwende* es también un hito crucial en las relaciones exteriores alemanas, ya que puede revitalizar el poder duro alemán no solo en el marco europeo y atlántico, sino también a nivel global, donde podría amplificar su tradicional poder blando.

Al igual que los nuevos alineamientos internacionales en curso, este replanteamiento realista también debe tener una perspectiva genuinamente global: requiere redefinir las alianzas de Alemania, complementando las tradicionales —basadas en valores compartidos en el marco del G7 y sus socios democráticos— con alianzas más transaccionales con países afines en otras regiones, especialmente en Latinoamérica y en el Asia-Pacífico, donde se concentran muchos de los *stakeholders* del orden liberal internacional.

Aunque Alemania quizá no pueda ofrecer marcos de cooperación equivalentes al AUKUS (alianza de seguridad Australia-Reino Unido-Estados Unidos) —en el cual Estados Unidos transfiere tecnología de submarinos nucleares a Australia—, este nuevo

enfoque exige repensar las herramientas de su política exterior y adoptar una mirada más realista: rediseñar las políticas de ayuda, de ciencia y tecnología, y de exportación militar para ofrecer una cooperación más atractiva en las áreas prioritarias para sus socios. Muchas de estas lecciones deberán integrarse —y de hecho ya comienzan a hacerlo— en el replanteo estratégico en Bruselas, la OTAN y la Unión Europea.

Los principales aliados no pertenecientes a la OTAN (*major non-NATO allies*), como Japón o Australia, y también Argentina o Brasil, merecen una atención mucho mayor de Berlín y Bruselas, ya que se encuentran en la primera línea de la competencia entre las grandes potencias. Esto requiere una base de poder duro alemán más pronunciada: eficaz en términos militares, desplegable a escala global y cooperativa, es decir, integrada en estructuras de alianzas y asociaciones internacionales. Puede que el mundo se esté volviendo más anárquico, pero, como decía Alexander Wendt (1992), la anarquía sigue siendo lo que los Estados hacen de ella. ♦

Referencias

- BESCH, S. (2025). A Zeitenwende for Germany's Defense Industry. En J. R. DENI y J. D. RATHKE (Coords.), *Assessing the Zeitenwende: Implications for Germany, the United States, and Transatlantic Security* (pp. 39-52). US Army War College Press.
- BUNDESREGIERUNG. (2022). *Regierungserklärung von Bundeskanzler Olaf Scholz am 27. Februar 2022*. <https://www.bundesregierung.de/breg-de/service/archiv-bundesregierung/regierungserklaerung-von-bundeskanzler-olaf-scholz-am-27-februar-2022-2008356>.
- BUNDESREGIERUNG. (2025). *Regierungserklärung des Bundeskanzlers Friedrich Merz zur neuen Bundesregierung vor dem Deutschen Bundestag am 14. Mai 2025*. <https://www.bundesregierung.de/breg-de/suche/regierungserklaerung-von-bundeskanzler-friedrich-merz-2347888>.
- BURILKOV, A., y RIECK, Ch. E. (2023). Vorbereitet auf die Zeitenwende? Die Einsatzbereitschaft der Bundeswehr offenbart große Defizite. *SIRIUS - Zeitschrift für Strategische Analysen*, 7(1), 51-71.
- DAALDER, I. H., y LINDSAY, J. M. (2018). *The Empty Throne. America's Abdication of Global Leadership*, PublicAffairs.
- EUROPEAN COMMISSION. (2025). SAFE: Security Action for Europe. https://defence-industry-space.ec.europa.eu/eu-defence-industry/safe-security-action-europe_en
- GROSSMANN, D. (2020). Military Build-up in the South China Sea. En L. BUSHYNSKI y D. T. HAI (Coords.), *The South China Sea. From a Regional Maritime Dispute to Geopolitical Competition* (pp. 182-200). Routledge.
- LEGARDA, H. (2025). Beijing Showcases its Global Order Pitch. *Internationale Politik Quarterly*, 4. <https://ip-quarterly.com/en/beijing-showcases-its-global-order-pitch>
- MASALA, C. (2025). *Weltunordnung. Die globalen Krisen und die Illusionen des Westens* (9.ª ed.). C. H. Beck.
- MATLÉ, A. (2025). German Conventional Defense Capabilities and Capacity. En J. R. DENI y J. D. RATHKE (Coords.), *Assessing the Zeitenwende: Implications for Germany, the United States, and Transatlantic Security* (pp. 29-38). US Army War College Press.
- MAULL, H. W. (2007). Deutschland als Zivilmacht. En S. SCHMIDT, G. HELLMANN y R.

- WOLF (Coords.), *Handbuch zur deutschen Außenpolitik* (pp. 73-84). Springer/VS.
- MAULL, H. W. (2025). *Noch Zivilmacht? Die Außen- und Sicherheitspolitik der Bundesrepublik Deutschland*. Stiftung Wissenschaft und Politik.
- NEITZEL, S. (2025). *Die Bundeswehr. Von der Wiederbewaffnung bis zur Zeitenwende*. C. H. Beck.
- RATHKE, J. D., y Luetkefend, T. (2025). The Institutional Dimension: NATO, the EU, and Multinational Cooperation. En J. R. DENI y J. D. RATHKE (Coords.), *Assessing the Zeitenwende: Implications for Germany, the United States, and Transatlantic Security* (pp. 81-96). us Army War College Press.
- SASSE, G.. (2023). *Russia's War Against Ukraine*. Polity Press.
- SCIANNA, B. M. (2024). *Sonderzug nach Moskau. Geschichte der deutschen Russlandpolitik seit 1990*. C. H. Beck.
- SHORT, J. R. (2025). *Hedging and Conflict in the South China Sea*. Routledge.
- STENT, A. (2025). *The crink: Inside the new bloc supporting Russia against Ukraine*, Atlantic Council. <https://www.atlanticcouncil.org/content-series/russia-tomorrow/the-crink-inside-the-new-bloc-supporting-russias-war-against-ukraine/#conclusion>
- STUMBAUM, M.-B. U., y DE CET, S. (2025). *Zeitenwende. China, Germany, and the United States*. En J. R. DENI y J. D. RATHKE (Coords.), *Assessing the Zeitenwende: Implications for Germany, the United States, and Transatlantic Security* (pp. 97-110). us Army War College Press.
- TALLIS, B. (2024). The End of Zeitenwende. Reflections After Two Years of Action Group Zeitenwende. *DGAP Online Commentary*. <https://dgap.org/en/research/publications/end-zeitenwende>
- WENDT, A. (1992). Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics. *International Organization*, 46(2), 391-425.
- WORLD BANK. (2025). Military Expenditure (current USD) – Poland. *data.worldbank.org*. <https://data.worldbank.org/indicator/MS.MIL.XPND.CD?locations=PL>



Dr. Christian E. Rieck

Doctor en historia de la guerra fría y relaciones internacionales por la Universidad de Potsdam.

Posgrado en estudios latinoamericanos por el St Cross College de la Universidad de Oxford. Especialista en estudios de guerra y docente en la Universidad de Potsdam.

X: @christianerieck



Variedades de autoritarismos en América Latina. Entre la persistencia y el cambio

AZUL AGUIAR AGUILAR Y ARMANDO CHAGUACEDA

Este artículo analiza las variedades de autoritarismos que se han expandido en América Latina en el marco de la tercera ola de autocratización y de la reconfiguración del nuevo orden mundial, en el que se evidencia un desplazamiento de la promoción de la democracia hacia la tolerancia o promoción de gobiernos autocráticos.

Introducción

Los autoritarismos están de regreso en América Latina. Hoy más países se han embarcado en transiciones hacia gobiernos menos pluralistas. Sin embargo, conviene preguntarse —ante la resiliente y prolongada presencia del régimen cubano— si en realidad alguna vez se fueron. Los años setenta marcaron una época oscura para la región, dominada por regímenes autoritarios (militares, sultanísticos o civiles) que impusieron, desde la derecha, el orden a costa de la represión y el silencio social. Revolucionarios radicalizados en modo guerrilla y Reaccionarios represivos con expresión castrense asaltaron, desde los extremos de las coordenadas políticas e ideológicas, a las frágiles repúblicas hispanoamericanas.

Ese panorama comenzó a transformarse con la llamada *tercera ola de democratizaciones* en los años ochenta, que trajo consigo esperanzas de apertura, pluralismo y libertades políticas. Sin embargo, el proceso tuvo límites claros: las transiciones fueron esencialmente nacionales y no lograron modificar del todo las estructuras institucionales o aquellas arraigadas a nivel

subnacional. Como lo ha mostrado la literatura sobre *enclaves autoritarios* (Garretón, 2010; Benton, 2012), en muchos países persistieron reglas del pasado autoritario o territorios controlados por caciques o partidos hegemónicos que mantuvieron intactas sus prácticas autoritarias. En Chile, por ejemplo, las senadurías vitalicias o el sistema electoral binominal dificultaron el avance democrático. Mientras que, en México, estados como Veracruz o el Estado de México permanecieron bajo el control del partido dominante incluso después de la alternancia política del 2000.

Aun con esas limitaciones, la región vivió lo que muchos describieron como la *fiesta democrática latinoamericana*. Durante la primera década del siglo XXI, las elecciones se multiplicaron, los derechos políticos se expandieron y la democracia electoral pareció consolidarse. Sin embargo, debajo de esa superficie comenzaban a asomarse signos preocupantes: en países como Venezuela, Nicaragua o Bolivia, los líderes electos democráticamente empezaron a concentrar poder, debilitar contrapesos y erosionar las instituciones que sostenían el equilibrio democrático.



Viejas prácticas, nuevas formas

Hoy, América Latina vive un momento de tensión derivado de tendencias regionales y globales entre la autocratización (Wiatr, 2019; Croissant y Tomini, 2024), la erosión democrática y la resiliencia de algunos regímenes, como lo muestra el reciente *Informe 2025* del proyecto *Varieties of Democracy* (Nord et al., 2025). El desencanto ciudadano, la desigualdad persistente y la incapacidad de los gobiernos democráticos para res-

« En varios países, las viejas prácticas autoritarias se han reconfigurado bajo nuevas formas que usan las reglas de la democracia para subvertirla. »



ponder a las demandas sociales han abierto el camino al retorno de liderazgos autoritarios o populistas. En varios países, las viejas prácticas autoritarias se han reconfigurado bajo nuevas formas que usan las reglas de la democracia para subvertirla: manipulación de las reglas electorales, ataques a la libertad de prensa, subordinación del poder judicial y desmantelamiento de los mecanismos de rendición de cuentas. Los casos de El Salvador, Nicaragua y Venezuela son los más evidentes, aunque no los únicos.

Estas transformaciones no pueden entenderse al margen del nuevo contexto internacional: la democracia latinoamericana enfrenta hoy desafíos que trascienden las fronteras nacionales. La reconfiguración del orden geopolítico global —con el ascenso de potencias autoritarias como Rusia y China, la crisis de un liderazgo democrático en Estados Unidos y el debilitamiento del multilateralismo— ha erosionado el marco de incentivos y apoyos que en los años noventa favoreció la expansión demo-

crática. Los programas de promoción de la democracia se han debilitado, mientras que los que promueven la tolerancia del autoritarismo y una agenda iliberal son cada día más visibles. En este escenario, las democracias latinoamericanas luchan no solo contra sus viejos fantasmas internos, sino también contra un entorno global cada vez menos favorable para la democracia.

En ese contexto, este artículo traza un brevísimo recorrido histórico del autoritarismo en América Latina desde la década de 1970 hasta la actualidad, mostrando cómo, lejos de desaparecer, este se ha transformado y ha adoptado nuevas formas y estrategias. Inicia con el autoritarismo de derecha que dominó la región en los años setenta y principios de los ochenta, caracterizado por dictaduras militares y regímenes represivos. Aun con la ola democratizadora que siguió, el texto argumenta que el autoritarismo nunca se fue del todo, pues sobrevivió en enclaves subnacionales donde perduraron viejas estructuras de poder local. Así, entre 1980 y 2000, la expansión democrática y la diversidad de regímenes políticos dieron paso a una etapa de coexistencia entre prácticas democráticas y la reconfiguración del autoritarismo. Durante la primera década del siglo XXI, el optimismo democrático convivió con nuevas modalidades de concentración del poder, especialmente en gobiernos de izquierda, que comenzaron a socavar las reglas de este régimen político.

Finalmente, entre 2020 y 2025 se identifica una gama de autoritarismos en la región: ya no hay un solo modelo ni una única ideología que lo sostenga, sino múltiples expresiones —de derecha, izquierda y otras indefinidas— que emergen en estrecha conexión con el nuevo (des)orden geopolítico global. En efecto, la erosión del liderazgo occidental, la difusión de narrativas ilibe-

« Durante la primera década del siglo XXI, el optimismo democrático convivió con nuevas modalidades de concentración del poder, especialmente en gobiernos de izquierda, que comenzaron a socavar las reglas de este régimen político. »

rales y el debilitamiento de las instituciones multilaterales han configurado un entorno propicio para que los liderazgos autoritarios latinoamericanos encuentren respaldo, legitimación o margen de maniobra para subvertir las instituciones de la democracia con un manto de legalidad y montarse en lo que algunos académicos han denominado la *tercera ola de autocratización* (Lührmann y Lindbert, 2021).

De las dictaduras reaccionarias a las transiciones democráticas y las nuevas formas de autocratización

Como lo han mencionado diferentes autores (Mainwaring y Pérez-Liñán, 2013), el triunfo de la Revolución cubana detonó un proceso de radicalización en amplios sectores de las clases medias urbanas, círculos intelectuales y organizaciones de izquierdas, quienes identificaron al imperialismo estadounidense, las oligarquías latinoamericanas y buena parte de las clases e instituciones políticas nacionales como representantes de un orden reaccio-

Figura 1. Índice de democracia electoral 2002

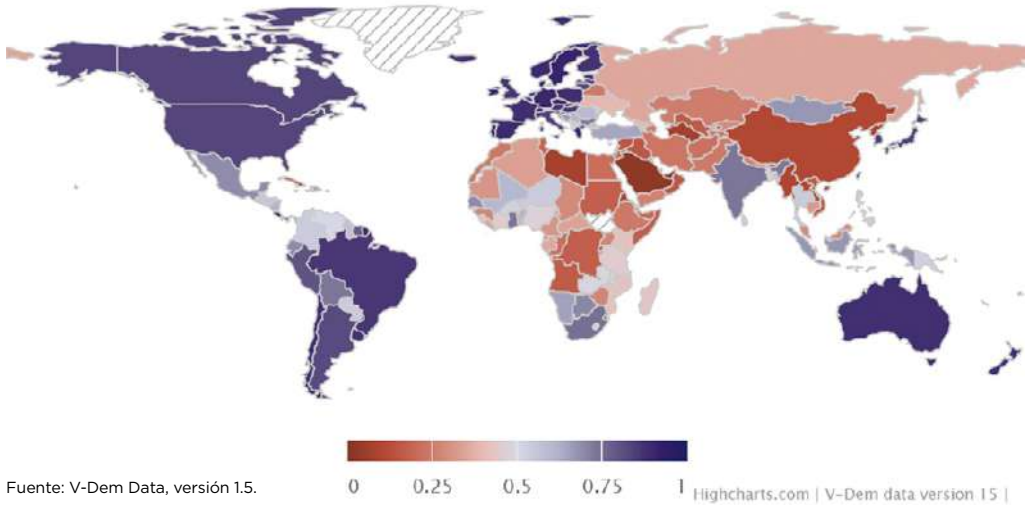
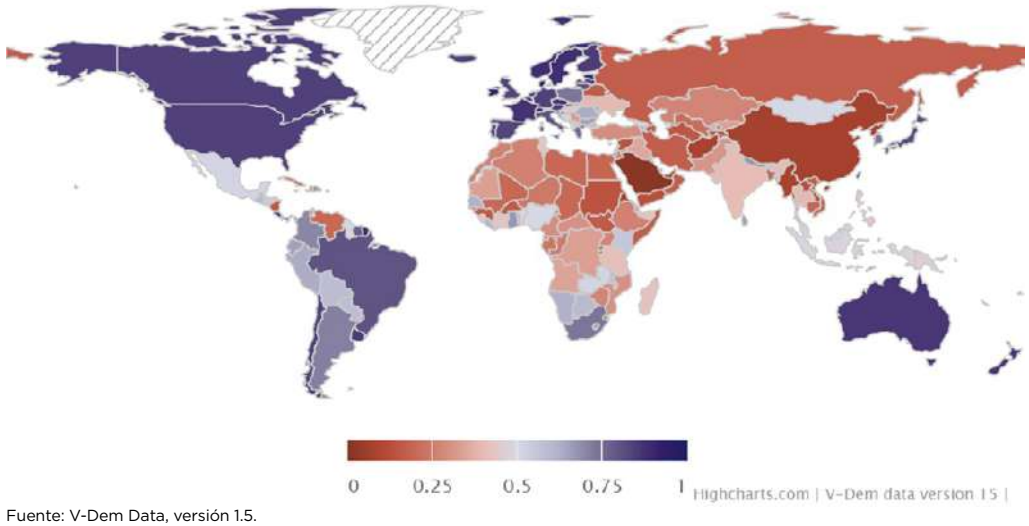


Figura 2. Índice de democracia electoral 2024



nario a derrocar. En respuesta, las fuerzas armadas de dichos países, con apoyo de la burguesía y amplios sectores medios e incluso populares, realizaron golpes de Estado y procesos de colaboración transna-

cional, para reprimir lo que consideraban amenaza subversiva. La instauración de los llamados regímenes de seguridad nacional, con su carga de asesinatos y represión, marcaron la década de los setenta.

Para mediados de la década de los ochenta y hasta inicios de los noventa, los regímenes militares y guerras civiles dieron paso, como resultado de una mezcla de luchas sociales y acuerdos políticos, a procesos de transición democrática y acuerdos de paz, que introdujeron las instituciones y procesos poliárquicos, los derechos humanos, como horizontes de acción política legítima para el desarrollo nacional.

Con el trasfondo de los acuerdos de Contadora (Centroamérica), la tercera ola de democratización llegó a América Latina con el regreso de gobiernos civiles en el Cono Sur. Argentina (1983), Brasil y Uruguay (1985), Paraguay (1989) y Chile (1990) comenzaron a abrir la cortina de la esperanza a gobiernos fundados en el respeto a los derechos y las libertades, que pusieran límites a las voliciones de líderes de concentrar el poder en un solo grupo.

Así, en su mejor época —al inicio del siglo XXI— América Latina se cubrió de gobiernos con democracias electorales que tenían entre 0,5 y 0,87 puntos en una escala que va del 0 a 1, donde 0 (color rojo en mapas de la figura 1) significa ausencia de democracia electoral y 1 (morado intenso) un país donde el ideal de la democracia electoral se ha alcanzado completamente. Como se aprecia en el mapa 1 de la figura 1, solo Cuba está en rojo, mientras que la mayoría de países latinoamericanos tiene algún tipo de morado.

Esta fase de recuperación democrática (1980-2000) estuvo acompañada por el debilitamiento del Estado derivado de las políticas neoliberales, lo que generó una paradoja: mientras se ampliaban la ciudadanía civil y política, la ciudadanía social y el Estado protector se estancaban o retrocedían. Este desajuste tendería a alimentar el desencanto ciudadano con la democracia y a abrir el camino a la elec-





ción de liderazgos populistas o abiertamente autoritarios.

Expectativas no colmadas

Así, con el tiempo las elecciones y la nueva institucionalidad democrática no fueron suficientes para colmar las expectativas de la ciudadanía en torno a la democracia. En varios países se comenzó a votar entusiastamente al autoritarismo. El arranque del nuevo siglo (2000-2010) mostró la coexistencia entre esa democracia en expansión (cuyo símbolo mayor fue la aprobación de la Carta Democrática Interamericana y las presiones en la oea contra el populismo autoritario y neoliberal de Fujimori) y la irrupción de liderazgos autodefinidos progresistas (Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa, Lula da Silva, Néstor y Cristina Kirchner) que, sin embargo, avanzaron hacia la reconfiguración del autoritarismo bajo el modelo de gobiernos del pueblo.

El cambio de ruta inició a sentirse con más fuerza en la región a partir del 2010 con un claro proceso de autocratización liderado por gobiernos de izquierda en Bolivia, Nicaragua y Venezuela, los que usando las elecciones y las instituciones democráticas comenzaron a cambiar las reglas del juego, marginar a la oposición, capturar las Cortes y concentrar el poder en el Ejecutivo. Esta tendencia ha sido replicada por otros liderazgos en América Latina como Rafael Correa en Ecuador, Nayib Bukele en El Salvador, Andrés Manuel López Obrador en México (mapa de la figura 1). Ya no hubo golpes de Estado ni tanques en las calles, solo cambios constitucionales y el uso o manipulación de las instituciones para ratificar el apoyo electoral de las mayorías.

« El nuevo (des)orden mundial se caracteriza por la competencia entre modelos políticos y por la normalización de regímenes autoritarios como actores legítimos en la escena global. »

Las autocracias «revolucionarias» se articulan en la región

Durante la segunda década del siglo XXI, se reforzó además otra tendencia clara: las autocracias de Cuba, Nicaragua y Venezuela mostraron una consolidación creciente y un cierre progresivo del espacio político y cívico. Esta evolución se observó en el control del régimen y el asedio constante a la sociedad civil.

Estas autocracias «revolucionarias» también lograron una articulación regional efectiva. Mantienen vínculos activos en espacios como el Foro de São Paulo y el Grupo de Puebla, y establecen alianzas tanto con potencias autoritarias globales —como Rusia, China y Turquía— como con gobiernos democráticos latinoamericanos afines, incluyendo a Colombia, Brasil y México, además de partidos y movimientos ideológicamente cercanos. En el espectro político de derecha no existe una red equivalente en términos de alcance e influencia.

En el plano intelectual, la izquierda autoritaria también goza de un apoyo articulado. Cuenta con respaldo organizado desde instituciones como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, así como con un apoyo espontáneo, reflejado en la sobrerrepresentación de esta co-

« Ninguna ideología, ya sea de derecha o de izquierda, al encarnar en regímenes y agendas políticas concretas puede reclamar para sí una legitimidad democrática absoluta. »

riente en la academia y el campo cultural (Grundberger, 2024). En conjunto, estas redes superan en capacidad de articulación y consistencia a iniciativas como la Atlas Network, vinculada a libertarios, populismos y autoritarismos de derecha.

No se plantea aquí que un autoritarismo sea preferible a otro; sostener eso carecería de base ética e ideológica. Sin embargo, es evidente que las autocracias de izquierda hoy cuentan con mayores ventajas de coordinación en los planos global, regional, intelectual y social.

Variedades de autoritarismo y nuevo orden mundial

América Latina muestra hoy una variedad de autoritarismos que van desde autocracias cerradas a regímenes que transitan a modelos de autoritarismo competitivo o electoral de izquierda y de derecha. Estas variedades de autoritarismos pueden entenderse como un fenómeno contemporáneo caracterizado por la coexistencia y expansión de múltiples formas de gobierno autoritario que persiguen un mismo fin independientemente de su ideología: la concentración del poder y el debilitamiento de los contrapesos institucionales. Así, más

que responder a una orientación ideológica específica, estos regímenes comparten una lógica iliberal que busca erosionar las normas democráticas desde dentro, utilizando las propias reglas de la democracia. Estas variedades de autoritarismos implican, por tanto, la puesta en marcha de estrategias, discursos y justificaciones legales, desde la izquierda y la derecha, para instalar gobiernos que restringen el pluralismo, la independencia judicial y las libertades civiles.

Tanto en el norte como en el sur global, figuras como Donald Trump, Viktor Orbán, Nayib Bukele, Javier Milei, Nicolás Maduro, Daniel Ortega o Andrés Manuel López Obrador comparten una narrativa antipolítica que deslegitima y erosiona las instituciones representativas, cuestiona los contrapesos y desprecia el pluralismo. Así, el autoritarismo del siglo XXI se reviste de legitimidad popular, constitucionalidad y adopta formas híbridas que combinan procedimientos democráticos con prácticas iliberales.

Este escenario se ha reforzado con la pérdida de hegemonía de Estados Unidos y la conquista global emprendida por gobiernos con tradición autoritaria como los de China y Rusia, lo que ha fragmentado el orden internacional liberal que desde la posguerra fría había sostenido y promovido la expansión democrática. El nuevo (des)orden mundial se caracteriza por la competencia entre modelos políticos y por la normalización de regímenes autoritarios como actores legítimos en la escena global. Con Trump en el poder, Estados Unidos ya no aparece como promotor de la democracia en regiones como América Latina; por el contrario, hay una colaboración con gobiernos autoritarios como el de Bukele e iliberales como el de Milei, o identificación plena con causas golpistas como la de Jair Bolsonaro en Brasil.

Autoritarismo y democracia

El autoritarismo es, como la democracia, parte del ADN político de las sociedades. No existe en la historia humana un destino predeterminado que consagre la inevitabilidad de una u otra forma de concebir y ejercer el poder. Tampoco superioridad de uno u otro *ismo* legitimador de aquel. El análisis de la dimensión ideológica del autoritarismo, como proponen Freedon y Stears (2013), y más recientemente Sajó, Uitz y Holmes (2022), sugiere evaluar cualquier *ismo* concreto a partir de tres niveles interrelacionados. El primero es el nivel normativo, que se refiere a los fines proclamados por la ideología: los grandes ideales, valores políticos y metas que definen públicamente *la causa*. El segundo es el nivel pragmático, centrado en los medios elegidos para alcanzar esos fines, lo que implica examinar agendas, estrategias, recursos y actores movilizados en la ejecución de los programas ideológicos. Finalmente, el nivel histórico permite valorar los resultados concretos obtenidos por los promotores de la ideología, considerando en qué medida hubo coherencia entre medios y fines a lo largo del proceso, y qué consecuencias dejaron *ex post* en las personas y comunidades afectadas.

En cualquiera de los tres niveles —normativo, pragmático e histórico—ninguna ideología, ya sea de derecha o de izquierda, al encarnar en regímenes y agendas políticas concretas puede reclamar para sí una legitimidad democrática absoluta. Si bien en gobiernos de derecha e izquierda moderadas el desarrollo institucional puede resultar problemático —como lo ilustran las deficiencias de los casos Mauricio Macri y *Lula da Silva*, por ejemplo—, en sus versiones extremas el progreso democrático es inexistente. Los casos de Bukele y Maduro lo demuestran con claridad.

La normalización del autoritarismo

Durante la última década y media se ha intentado normalizar el autoritarismo como una forma de gobierno viable, eficaz y legítima. Esta normalización se ha extendido a través de diversas ideologías políticas y narrativas mediáticas con amplio alcance.

Desde la derecha y desde la izquierda, en sus versiones iliberales o antiliberales, estas corrientes autoritarias suelen compartir ciertos tópicos comunes, adaptándolos a su contexto. Entre ellos destacan: a) la invocación a la soberanía nacional, encarnada en el Estado o el gobierno, supuestamente amenazada por el avance del globalismo, el progresismo o el neoliberalismo; b) la apuesta por *nuevo orden mundial* contrapuesto a los actores, valores e instituciones del orden liberal; y c) la deslegitimación constante de los principios, el funcionamiento y los resultados de las democracias liberales, presentadas como inferiores frente a una gobernanza autoritaria que consagra la superioridad de un liderazgo, una organización o una idea única y excluyente.

En el actual contexto, los diferentes gobiernos latinoamericanos aprovechan la fragmentación global para diversificar sus alianzas. La búsqueda de apoyo económico, tecnológico y político en países como China o Rusia otorga a estos regímenes mayor margen de maniobra frente a las presiones internacionales en materia de derechos humanos y democracia. Este reacomodo de vínculos internacionales no solo refleja una estrategia pragmática, sino también una inserción en un mundo donde la democracia liberal ha dejado de ser el único horizonte de legitimidad.

De esta manera, el auge autoritario en América Latina se inscribe en un orden global con menos referentes democráticos en los cuales apoyarse. Este proceso renueva

tendencias de vieja data, inscritas en el ADN de la pugna secular (Fung, Moss y Westad, 2024) entre las democracias y sus enemigos. Frente a semejante panorama —muy diferente a los de 1933, 1974 o 1989—, articular una solidaridad transideológica de las izquierdas y derechas moderadas, reunidas para la defensa de la democracia y el enfrentamiento a cualquier actor, discurso o proceso autocratizador (del *ismo* que sea) es, intelectual y cívicamente, la posición correcta. ♦

Referencias

- BENTON, A. L. (2012). Bottom-Up Challenges to National Democracy: Mexico's (Legal) Subnational Authoritarian Enclaves. *Comparative Politics*, 44(3), 253-271. <http://www.jstor.org/stable/23212796>
- CROISSANT, A., y TOMINI, L. (Eds.). (2024). *The Routledge handbook of autocratization*. Routledge.
- FREEDEN, M., y STEARS, M. (Eds.). (2013). *The Oxford handbook of political ideologies*. Oxford University Press.
- FUNG, A., MOSS, D., y WESTAD, O. A. (2024). *When democracy breaks: Studies in democratic erosion and collapse, from ancient Athens to the present day*. Oxford University Press.
- GARRETÓN, M. A. (2010). La democracia incompleta en Chile: La realidad tras los rankings internacionales. *Revista de Ciencia Política*, 30(1), 115-148.
- GRUNDBERGER, S. (2024). *La galaxia rosa. Cómo el Foro de São Paulo, el Grupo de Puebla y sus aliados internacionales socavan la democracia en América Latina*, Konrad-Adenauer-Stiftung. <https://dialogopolitico.org/libros/la-galaxia-rosa>
- LÜHRMANN, A., y LINDBERG, S. I. (2021). *A third wave of autocratization is here:*

What is new about it? Democratization, 28(2), 305-325.

- MAINWARING, S., y PÉREZ-LIÑÁN, A. (2013). *Democracies and dictatorships in Latin America: Emergence, survival, and fall*. Cambridge University Press.
- NORD, M., ALTMAN, D., ANGIOLILLO, F., FERNANDES, T., GOD, A. G., y LINDBERG, S. I. (2025). *Democracy report 2025: 25 years of autocratization – Democracy trumped? V-Dem Institute, University of Gothenburg*.
- SAJÓ, A., UITZ, R., y HOLMES, S. (Eds.). (2022). *Routledge handbook of illiberalism*. Routledge.
- WIATR, J. J. (Ed.). (2019). *New authoritarianism: Challenges to democracy in the 21st century*. Barbara Budrich Publishers.



Azul Aguiar Aguiar

Presidenta de la Asociación Mexicana de Ciencias Políticas. Doctora en ciencia política por la Universidad de Florencia, Italia. Profesora del Departamento de Estudios Sociopolíticos y Jurídicos del ITESO y profesora en la Universidad de Guadalajara, México.

X: @azulaguiar



Armando Chaguaceda

Doctor en historia y estudios regionales. Investigador de Gobierno y Análisis Político AC (GAPAC). Autor de *La otra hegemonía. Autoritarismo y resistencias en Nicaragua y Venezuela* (Hypermedia, 2020).

X: @DMando21



El auge iliberal y la construcción del narcisismo político

ANTONELLA MARTY

El auge iliberal y la construcción del narcisismo político no representan un accidente ni una simple reacción al «exceso» de modernidad. Son la forma contemporánea del viejo despotismo: una combinación de mitología nacionalista, moralismo punitivo, ingeniería institucional y espectáculo digital..

Durante gran parte del siglo xx, la democracia en América Latina fue asediada por dictaduras militares que irrumpían mediante golpes de Estado estruendosos, al compás de botas y tanques. Hoy, en pleno siglo xxi, el deterioro democrático ocurre de manera más silenciosa y, paradójicamente, legitimada: ya no son los militares quienes irrumpen, sino los propios ciudadanos que, a través de las urnas, eligen líderes narcisistas que transforman la política en un proyecto personalista.

La democracia ya no muere en la oscuridad de los cuarteles, sino en medio de aplausos, campañas virales y promesas de salvación nacional. Y aunque ya no abunden los golpes militares, sí hay políticos, candidatos y partidos que reivindicán procesos dictatoriales de manera abierta y sin tapujos, y banalizan los genocidios encabezados por las dictaduras latinoamericanas, como en el caso de Argentina o de Chile.

En estos tiempos presenciamos, además, una tendencia en distintas sociedades del mundo que votan con fe ciega a líderes de una nueva derecha que prometen un paraíso en la tierra, *orden*, *mano dura* y el *retorno a los valores de Occidente* —un Occidente que remite, en realidad, al de la Edad Media o al de los años cincuenta del siglo pasado, cuando la religión atravesaba la política de pies a cabeza.

Con ese espejo retrovisor moral, figuras narcisistas y populistas llegan al poder con el proyecto de vaciar la democracia y convertirla simplemente en un mecanismo para ellos —y únicamente ellos— llegar al poder y luego mantenerse en él. El ejemplo más claro es el de Viktor Orbán en Hungría, ídolo de los distintos personajes que acompañan a la nueva derecha en ascenso, que puso en marcha un proyecto político, social y cultural titulado *democracia iliberal*. El resultado es la consolidación de un tipo de liderazgo narcisista que desprecia los límites, se alimenta del conflicto y transforma la política en un espejo que solo refleja su propia imagen: violencia, ira, inseguridad, bronca, ganas de destruirlo todo.

Los mesías electos

A las autocracias y teocracias en desarrollo les bastan las urnas, el descontento social y un ejército de *trolls* en redes sociales. Los mesías electos llegan con un discurso que mezcla indignación y promesas de *un pasado mejor*, pero el verdadero cambio empieza por desmontar aquello que podría limitar su poder: Parlamentos incómodos, jueces independientes, medios críticos, opositores. El orden se convierte en excusa para legitimar la concentración de poder, y lo más grave es

que muchas sociedades lo compran. La política, con una marcada tendencia hacia las autocracias, se reconfigura bajo una lógica amigo-enemigo en la que toda disidencia es traición, y la democracia, una debilidad.

El perfil de estos nuevos autoritarismos, también ejemplificados a la perfección en la figura de Donald Trump, comparte rasgos inconfundibles: son políticos personalistas que no gobiernan con propuestas y consensos, sino con narrativas mesiánicas y discursos de odio que, muy rápidamente, se convierten en crímenes de odio. El político narcisista no escucha: dicta. No negocia: impone. Las redes sociales se convierten en su escenario favorito, donde cada discurso, cada gesto, cada provocación está diseñada para maximizar la atención y la adoración que rellena su ego roto y alimenta la destrucción del *otro*, del *enemigo*. En este ecosistema, los datos y los derechos humanos importan menos que los *likes*, y la república cede ante el espectáculo grotesco que invoca inquisiciones o imposiciones morales a través del poder.

Esta maquinaria política necesita conflicto permanente. La calma es enemiga del liderazgo narcisista, porque en ausencia de crisis su figura pierde relevancia. Por eso se fabrican enemigos, se exageran amenazas y se inflama la polarización. La democracia es convertida así en un campo de batalla entre bandos irreconciliables, donde el adversario ya no es alguien con ideas distintas, sino un enemigo que debe ser derrotado o eliminado del espacio público.

Nosotros, los buenos

El discurso se simplifica al extremo: nosotros, los buenos, la gente de bien, los verdaderos nacionales, contra ellos, la casta, los traidores, los antipatria, los parásitos mentales. Esta división no es un accidente, sino una estrategia

«Figuras narcisistas y populistas llegan al poder con el proyecto de vaciar la democracia y convertirla simplemente en un mecanismo para ellos —y únicamente ellos— llegar al poder y luego mantenerse en él.»

de poder: impide acuerdos, destruye puentes y justifica medidas autoritarias bajo el pretexto de «defender al pueblo».

En ese proceso, las instituciones dejan de ser garantes de derechos para convertirse en obstáculos. El Congreso es pintado como un nido de corruptos; la justicia, como una trama de jueces vendidos; los organismos de control, como burocracias inútiles; y el ejercicio del periodismo como una persecución personal hacia el líder del culto político. La meta es clara: concentrar el poder en el líder y vaciar de contenido cualquier estructura que pueda limitarlo. El que disiente es silenciado, escrachado o judicializado. Ya no se discuten ideas: se eliminan voces. La arquitectura democrática permanece, pero sin cimientos.

Nada de esto sería posible sin una parte de la sociedad dispuesta a aplaudirlo. No hay autoritarismo sin audiencia. Una porción de ciudadanos, movida por el miedo, la frustración o la fatiga, acepta el látigo como remedio a la incertidumbre. Otra, directamente, lo celebra. El problema no es solo la debilidad de las instituciones, sino la pérdida de la cultura democrática. Hemos olvidado que la democracia no es solo votar: es aceptar límites al poder, convivir con el disenso, proteger los derechos humanos alcanzados, incluso de quienes no piensan o viven como uno. Sin



esa memoria, los experimentos autoritarios siempre parecen atractivos... hasta que es demasiado tarde.

Reaprender la democracia liberal exige reconocer que no es un estado natural, sino una construcción frágil —porque debe ser cuidada— que se sostiene en reglas, tolerancia y participación activa. Defenderla implica también desactivar el narcisismo político, y eso requiere una ciudadanía más exigente, más crítica y menos adicta al mito del salvador.

No necesitamos mesías que encarnen la nación; necesitamos instituciones sólidas, prensa libre y responsable, acabar con el *bullying* desde la política y los discursos de odio, sociedades dispuestas a abandonar el pensamiento mítico y políticos que comprendan que el poder no les pertenece.

Formas de la democracia

Todo ello obliga a precisar de qué hablamos cuando hablamos de democracia. La democracia no es una ideología, eso está más que claro. Implica la capacidad de discutir ideologías en un marco de tolerancia, necesariamente sin poner en riesgo las condiciones básicas de ese diálogo. La democracia, en rea-

lidad, es un sistema de gobierno que se basa en que el poder proviene de la gente, de los habitantes de un territorio, quienes participan en la toma de decisiones del gobierno a través del voto directo o mediante representantes que se eligen. Hay distintas formas de democracia —la directa, la representativa, los sistemas mixtos— y hoy incluso se habla de *democracia iliberal*.

La democracia moderna está basada en el sufragio universal, que permite a todos los ciudadanos votar sin importar su género, su estatus económico o el color de piel. Lo que podemos llamar Estados democráticos son sistemas hoy cimentados sobre los derechos humanos y civiles, protegidos y establecidos en una constitución como un acuerdo que pauta las relaciones entre la sociedad y el gobierno, y un conjunto de normas que regulan al gobierno, establecen los derechos de los ciudadanos, explican cómo se divide el poder y qué protecciones tienen los ciudadanos.

Sin embargo, el arco histórico enseña que la democracia no nació perfecta ni inclusiva. Como sostienen Franklin y Higginbotham (2010), Jefferson, la persona que sostenía que «todos los hombres son iguales», fue propietario de cientos de esclavos y trató de una manera atroz a las personas negras. Los autores describen que «la esclavitud en Estados Unidos ha sido siempre la gran herida del pecado original, una cicatriz de arriba abajo en lo que es un cuerpo para ser admirado y emulado».

Poder y sociedad

La persecución a quienes se oponían a las políticas segregacionistas fue una advertencia para Estados Unidos sobre su doble moral, puesto que, a pesar de promover una idea de democracia que establece que todas las personas son iguales, reprimía los derechos de sus propios ciudadanos.

En esencia, la democracia es un sistema político que da a la ciudadanía el poder de elegir quién gobierna su país, pero también quién dejará de hacerlo. Mudde y Rovira Kaltwasser (2017) sostienen que la *democracia*, sin adjetivos, se define mejor como la combinación de *soberanía popular* y la regla de la mayoría; nada más y nada menos. Por lo tanto, argumentan, la democracia puede ser directa o indirecta, liberal o no liberal. De hecho, la etimología misma del término alude a la idea de autogobierno del pueblo, es decir, un sistema político en el que el pueblo gobierna.

No es casualidad que la mayoría de las definiciones básicas consideren la democracia, en primer lugar, como un método mediante el cual los gobernantes son seleccionados en elecciones competitivas. Así, las elecciones libres y justas corresponden a la propiedad definitoria de la democracia: en lugar de cambiar a los gobernantes mediante conflictos violentos, la gente acuerda que quienes gobiernen deben ser elegidos por la regla de la mayoría (sin olvidar que esto no les da el poder absoluto de hacer lo que les dé la gana, ni los convierte en monarcas).

Y es cierto: la democracia es poder votar, pero la historia del sufragio es compleja. Ni siquiera aquellas revoluciones del siglo XVIII que encontraban su inspiración en los valores de la igualdad y la libertad pudieron ampliar el derecho al sufragio más allá de los varones blancos mayores de edad. Durante el siglo XIX, distintos movimientos pelearon por la expansión del derecho al voto. Grupos como los abolicionistas en Estados Unidos, que respaldaron los derechos de las personas negras a votar, y las sufragistas, que peleaban por expandir el voto a las mujeres, cumplieron un papel indispensable en el logro de la expansión de este derecho.

» Hay distintas formas de democracia —la directa, la representativa, los sistemas mixtos— y hoy incluso se habla de democracia iliberal. «

«Decadencia cultural»

En ese marco conceptual, la propuesta de democracia iliberal de Viktor Orbán consiste en la elección de un déspota que impone su criterio nacionalista, xenófobo, homófobo y conspiranoico, y arrasa a voluntad con las instituciones democráticas. Sería así una especie de *despotismo democrático*, con aliados en otros países que, además, proclaman que todo es «por la defensa de la libertad», para lo cual plantean la existencia de determinadas amenazas y peligros que estarían poniendo en jaque la «civilización occidental».

Son quienes forman parte del entramado de la *democracia iliberal* y de la nueva derecha los que redefinen las libertades personales alcanzadas como si, en realidad, fuesen una muestra de lo que ellos mismos llaman *decadencia cultural*. La deriva del concepto de democracia también es manipulada ahí: se reduce a un ritual de urnas sin liberalismo político, a plebiscitos permanentes que legitiman el mando pero desmantelan los contrapesos.

Que esto puede ocurrir en cualquier sociedad no es una especulación: es una advertencia sostenida por la evidencia histórica. Anne Applebaum (2021) aclaró que cualquier sociedad puede llegar a darle la espalda a la democracia y que nadie está a salvo. Si nos guiamos por la historia, a la larga todas nuestras sociedades —afirma la autora— lo harán.



Viktor Orbán.

La tradición del pensamiento político ya había previsto este dilema. Montesquieu destacaba una distinción entre el gobierno monárquico y el despotismo. Para él, la república depende de la virtud, la monarquía del honor y el despotismo del temor.

Mientras que las acciones de un rey en un sistema monárquico están guiadas por la ley y la tradición, el gobierno de un déspota se caracteriza por su naturaleza arbitraria y caprichosa, donde el poder está concentrado en manos de un solo individuo o de una élite, y no hay límites significativos a su autoridad. La novedad del siglo XXI no es la lógica despótica —que es vieja—, sino su envoltorio: procedimientos electorales convertidos en escenografía y redes sociales como amplificador permanente del culto al líder.

El Salvador y la deriva democrática

Vale la pena hacer un paréntesis en un caso que condensa esa deriva: El Salvador bajo Nayib Bukele. Bukele ha consolidado su poder de manera autoritaria y abusiva a partir de su popularidad. Se autoproclamó ganador de las elecciones presidenciales, se reeligió y reclamó casi todos los diputados de

«Las elecciones libres y justas corresponden a la propiedad definitoria de la democracia: en lugar de cambiar a los gobernantes mediante conflictos violentos, la gente acuerda que quienes gobiernen deben ser elegidos por la regla de la mayoría»

la Asamblea Legislativa incluso antes de que se confirmaran los «números oficiales». Su método para lograrlo involucró cancelar la Corte Suprema de Justicia, ignorar la alternancia en el poder establecida en la Constitución, utilizar recursos públicos para su campaña y amedrentar a los magistrados del Tribunal Supremo Electoral.

En palabras del propio Bukele tras su reelección: «Sería la primera vez que en El Salvador existe un partido político único en un sistema democrático, con toda la oposición junta pulverizada».

En su concepción de democracia, él es el único que puede hablar y los demás solo deben dedicarse a tomar nota. Más allá de toda la propaganda, la economía del país está peor y la pobreza ha aumentado. Bukele gobierna con un pequeño círculo de confianza conformado por sus hermanos, en un estilo que refleja su concepción personalista de la democracia. Su visión del sistema democrático es cuestionada y, aunque ha reducido los homicidios, la implementación de políticas de mano dura ha sido criticada por vulnerar derechos fundamentales y de personas inocentes, según distintas organizaciones humanitarias.

En coherencia con la retórica de los nuevos autoritarismos, ha culpado a un enemigo

exterior, que incluye a diversas ONG, a George Soros y a los medios de comunicación, refiriéndose a sus críticos como provenientes de las *élites*. Su gobierno ha sido acusado de consolidar un poder cada vez más autoritario que busca aislar al país del sistema financiero internacional y que criminaliza la crítica y el periodismo independiente.

El país ha experimentado una caída de treinta puestos en el índice de libertad de prensa. Miles de salvadoreños han sido expulsados, muchos de los cuales buscan asilo político en otros países. Su gobierno es descrito como una dictadura en ascenso con la militarización de la policía y de la sociedad.

Unos meses atrás, Bukele, al fiel estilo de las nuevas derechas, mostró la adhesión de la religión al poder en su gobierno, dando por acabado el laicismo: «Dios quiso sanar nuestro país y lo sanó. Déjennos dar la gloria a Dios si así lo queremos. ¿En qué les molesta, en qué les afecta? Tal vez les afecta el ejemplo porque tal vez las poblaciones de sus países, a las que les han metido el ateísmo, vuelvan a creer en Dios». Hoy en El Salvador hay un culto moralista y corrupto, donde la devoción pública se amalgama con la obediencia política y donde la retórica sagrada se usa como blindaje frente a cualquier crítica.

El hilo iliberal

Los déspotas no quieren elecciones como una forma de delegación temporal del poder, sino como un aval para cualquier cosa. Las elecciones se vuelven un plebiscito al líder, no una competencia entre proyectos. Al final, no pondrán en juego su poder en elecciones limpias: utilizarán el poder que tienen para que los comicios sean una farsa para convalidarlo, de la misma manera que hizo Hugo Chávez y que hace Nicolás

«Mientras que las acciones de un rey en un sistema monárquico están guiadas por la ley y la tradición, el gobierno de un déspota se caracteriza por su naturaleza arbitraria y caprichosa.»

Maduro en Venezuela, que hace Daniel Ortega en Nicaragua con su dictadura o que practica Vladimir Putin en Rusia. En todos estos casos, se mantiene una escenografía democrática —urnas, padrones, campañas— mientras se clausura el pluralismo real —proscripción de opositores, captura judicial, censura mediática, persecución a la sociedad civil—.

En apariencia, se honra la regla de la mayoría; en la práctica, se cancela la alternancia y se vacían los derechos. El hilo conductor es el mismo: primero, definir al adversario como enemigo interno o agente extranjero; segundo, convertir los contrapesos en obstáculos que *impiden gobernar*; tercero, invocar una amenaza existencial —la decadencia cultural, la conspiración globalista—; cuarto, centralizar; quinto, sacralizar el poder. El resultado es una democracia sin liberalismo, un despotismo con urnas.

Por todo esto, defender la democracia hoy implica algo más que reivindicar la votación periódica. Exige reconstruir la cultura democrática: aceptar límites al poder incluso cuando gobiernan los que nos gustan; exigir que las constituciones sigan siendo documentos vivos que amplían protecciones y no excusas pétreas para cerrar el juego. Significa, también, desarmar el dispositivo emocional del narcisismo polí-

«Bukele gobierna con un pequeño círculo de confianza conformado por sus hermanos, en un estilo que refleja su concepción personalista de la democracia.»

tico: no hay líder que cure la complejidad; no hay salvador que, por decreto, restituya un orden sin costos.

Reacción al «exceso» de modernidad

La única vía adulta es fortalecer instituciones, profesionalizar administraciones, blindar la independencia judicial, proteger a la prensa y educar para el pluralismo. No se trata de volver a un pasado idealizado —ese pasado no existió, o al menos fue *ideal* para unos pocos que se privilegiaron de él—, sino de honrar el único legado que hizo progresar a las democracias: la expansión de derechos y la limitación del poder arbitrario.

En suma, el auge iliberal y la construcción del narcisismo político no representan un accidente ni una simple reacción al «exceso» de modernidad. Son la forma contemporánea del viejo despotismo: una combinación de mitología nacionalista, moralismo punitivo, ingeniería institucional y espectáculo digital. Frente a ese proyecto, conviene recordar la experiencia histórica: la democracia no se destruye de golpe, se vacía por goteo; no cae solo por la voluntad del tirano, sino por la renuncia paulatina de los ciudadanos a defenderla. La salida, entonces, no es esperar a que el ciclo de la decepción haga su trabajo, sino actuar antes: inscribir la tolerancia en la

práctica cotidiana, exigir transparencia, premiar la sobriedad política por encima de la retórica de barricada y, sobre todo, rechazar el atajo emocional del caudillo.

Democracia es conflicto civilizado, no guerra cultural permanente; es pluralismo ordenado por reglas, no sumisión por miedo; es alternancia bajo controles, no obediencia al líder ungido por la épica de «salvar la patria». Si algo demuestra la historia es que la democracia no se pierde de una vez, sino que se erosiona poco a poco, hasta que, cuando queremos reaccionar, ya es demasiado tarde. Precisamente por eso, el momento para defenderla, sin vueltas ni rodeos, es ahora. ♦

Bibliografía

- APPLEBAUM, A. (2021). *El ocaso de la democracia*. Debate.
- FRANKLIN, J. H., y HIGGINBOTHAM, E. (2010). *From Slavery to Freedom*. McGraw Hill.
- MUDDE, C., y ROVIRA KALTWASSER, C. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. Oxford University Press.



Antonella Marty

Politóloga y licenciada en relaciones internacionales. Autora de *El manual liberal* (2021), *Todo lo que necesitas saber sobre... historia, arte, ciencia, religión, astrofísica, filosofía, política y economía* (2022), *Ideologías* (2024) y *La nueva derecha* (2025).

X: @AntonellaMarty



Brasil: ¿por qué tantas incertidumbres para predecir su papel global?

HUMBERTO DANTAS



Brasil no puede predecir su papel en términos globales ante un mundo polarizado e incierto cuyos conflictos contaminan su política, desafían sus valores y ponen en peligro su deseo de consolidarse como una democracia.

Introducción

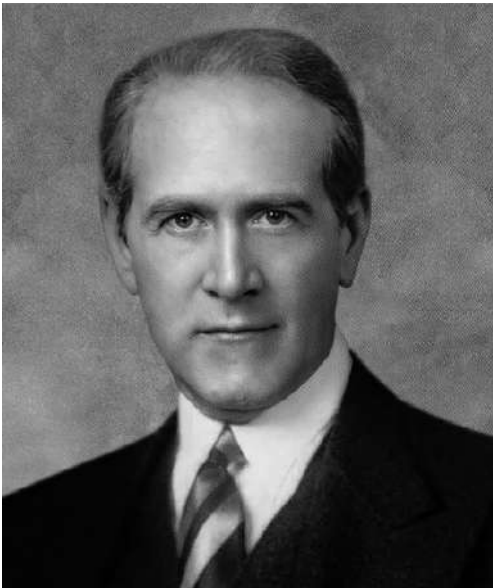
Durante décadas, Brasil ha ocupado la posición de *gigante dormido* en el imaginario global. Para un país de 8,5 millones de kilómetros cuadrados de superficie, más de 200 millones de habitantes, una de las diez economías más grandes del planeta, abundantes recursos naturales en sectores estratégicos y una reconocida capacidad en el sector agroindustrial, el reto está condicionado a comprender por qué

Brasil no tiene índices significativos en términos de desarrollo socioeconómico y no es capaz de ejercer un protagonismo internacional más significativo.

En perspectiva comparada, se trata de una nación violenta y desigual, con uno de los diez coeficientes de Gini más altos del mundo, solo comparable con los países del África subsahariana, donde los retos de la pobreza, en la mayoría de los casos, son mucho más preocupantes.

El protagonismo simbólico frente a la violencia interna

Uno de los principales retos de Brasil está relacionado, sin duda, con el intento de tener una mayor presencia en la perspectiva global como actor estratégico. En un mundo extremadamente polarizado en términos ideológicos, ¿qué significaría esto si la larga tradición remite a una capacidad de mantenerse independiente, coherente y pacificador? Simbólicamente, el país reúne elementos relevantes en relación con la comunidad internacional. Por ejemplo, desde la 10.ª sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1955 Brasil ha protagonizado el discurso de apertura. El honor no está institucionalizado, pero le representa una señal importante. El gesto está asociado a la capacidad diplomática de Oswaldo Alencar, que presidió la segunda Asamblea General de la ONU en 1947 y desempeñó un papel decisivo en la



Oswaldo Alencar.

aprobación de la resolución que preveía la partición de Palestina y la creación del Estado de Israel. ¿Hay espacio hoy en día para posiciones de este tipo en un mundo cada vez más polarizado y simbolizado por conflictos que dan lugar a tesis y argumentos que sugieren una nueva guerra mundial? Es difícil de creer.

La polarización histórica: PT versus PSDB (1989-2014)

Al mismo tiempo en que el mundo se muestra así, en Brasil no se puede afirmar que reine la paz y que la nación sea víctima de algo que prima contra sus valores absolutos. El país no es pacífico, y sus conflictos se extienden a cuestiones de naturaleza política. En los últimos años, los incidentes de carácter relacional han puesto a la nación en situaciones cada vez más complejas. Parte de ese desafío se relaciona con el marcado radicalismo ideológico que se vive en el mundo. Brasil solo reproduce esa realidad. Así, más allá de las cuestiones socioeconómicas caracterizadas por intensos problemas de convivencia, la política se ha convertido en un escenario de extremos radicales.

Por ejemplo: las elecciones presidenciales brasileñas se caracterizan por una lógica de polarización desde la reanudación del voto directo en el proceso de redemocratización vivido a lo largo de los años 1980, lo que no es inusual en varios países democráticos. En 1989, en las primeras elecciones nacionales desde 1961 debido al golpe de Estado de 1964, el derechista Fernando Collor y el izquierdista Luiz Inácio Lula da Silva pasaron a la segunda vuelta, en la que ganó el primero por un margen de solo seis puntos porcentuales: 53% frente a 47% de los votos válidos.

En las seis elecciones siguientes (1994-2014), las candidaturas del Partido de los

❖ En Brasil no se puede afirmar que reine la paz y que la nación sea víctima de algo que prima contra sus valores absolutos. El país no es pacífico, y sus conflictos se extienden a cuestiones de naturaleza política. ❖

Trabajadores (PT), de izquierda, siempre estuvieron entre las más votadas, enfrentándose a los candidatos del PSDB, partido nacido en el centroizquierda en los años 1980 y clasificado más hacia el centro en una parte significativa de ese período. La polarización, en estos casos, siempre enfrentó directamente a estos dos partidos, y es importante destacar que ambos concentraron, en la primera vuelta presidencial del período destacado, un mínimo del 70% de los votos válidos en 2002 y un máximo del 90% en 2006.

Algo cambió en 2014. Al igual que otras naciones, Brasil vivió un amplio proceso de cuestionamiento de las instituciones y representaciones democráticas y políticas. En lo que se denominaron las *jornadas de junio* de 2013, el país fue testigo de una amplia insatisfacción de grandes sectores de la sociedad que salieron a las calles en decenas de ciudades bajo el lema #nãomerepresenta. Aun así, 2014 volvió a enfrentar al PT contra el PSDB en las elecciones, con una concentración entre ambos del 75% de los votos válidos. Fue, todavía, la última vez.

El ascenso de Bolsonaro y la radicalización extrema

Aquel año, tras las elecciones, un diputado federal de extrema derecha con ideas auto-

ritarias y poco comprometido con la democracia afirmó que la animosidad de aquellas elecciones presidenciales lo convertiría en presidente en 2018, bastaba con que la escalada de radicalismos se mantuviera viva. Jair Bolsonaro, quien fue diputado federal por Río de Janeiro siete veces, que logró presentarse como la novedad necesaria para los desafíos políticos de una nación en conflicto, se refería al hecho de que la derecha estaba perdiendo la vergüenza, ocupando parte de las calles en manifestaciones democráticas y preparada para defender una bandera conservadora e intensa contra la izquierda, tachada de *amenaza comunista* y corrupta.

En 2018, el PSDB perdió su protagonismo y el enfrentamiento contra la izquierda se volvió más visceral con el ascenso de una derecha radical. La polarizada elección presidencial opuso a estos dos lados del espectro, y el centro se desmoronó. Jair Bolsonaro, en ese momento miembro de un pequeño partido llamado psl, al que se afilió cerca de la fecha límite legal para adherirse a las candidaturas que disputarían formalmente los votos, se enfrentó al exalcalde de São Paulo, Fernando Haddad, del PT, quien reemplazó al entonces inelegible Lula. El exlíder había estado encarcelado desde el 7 de abril de 2018 hasta el 8 de noviembre de 2019 por cargos de corrupción que posteriormente fueron anulados). Entre Bolsonaro y Haddad sumaron el 75% de los votos en la primera vuelta.

Sin embargo, la polarización ya no era la misma. Escapó del ámbito de la contienda electoral y se alojó en agudas diferencias que causaron violencia y profundos rasgos de intolerancia entre familias, amigos y la sociedad en general. Las distancias se observaron en los hábitos de consumo, los comportamientos, la vestimenta y la adopción de formas y estilos de vida.

En 2022, Lula —libre de los procesos por

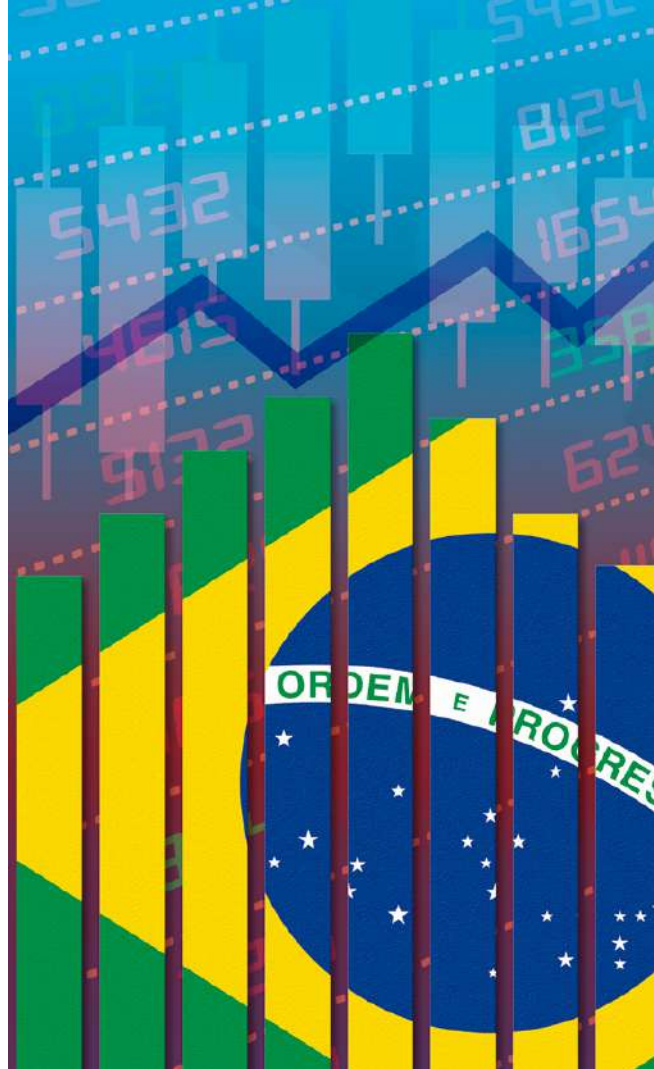
acusación de corrupción tras decisiones judiciales controvertidas— y Bolsonaro —en busca de la reelección tras un gobierno marcado por altos índices de rechazo, especialmente asociados a la forma en que gestionó la pandemia por covid-19— se enfrentaron en las urnas. Entre ambos obtuvieron un porcentaje sin precedentes del 92% de los votos válidos en la primera vuelta, en una campaña extremadamente acentuada. Además, el balotaje se caracterizó por un equilibrio total y una diferencia de solo dos millones de votantes, el 1,8% de los votos válidos.

La negación electoral y el intento de golpe

Más allá del pequeño margen, las encuestas indicaron un alto rechazo de los votantes a ambos candidatos, en porcentajes igualmente sin precedentes. El libro *Biografía del abismo* (Nunes y Traumann, 2023) narra precisamente el escenario de polarización más allá de las urnas.

Bolsonaro no aceptó la derrota. Durante buena parte de su gobierno, el entonces presidente intensificó las críticas al sistema de votación electrónica adoptado en Brasil, que, además de las mejoras introducidas a lo largo de décadas, fue el mismo que se utilizó para registrar su propia victoria en 2018.

En 2022, con posibilidades reales de ser derrotado por Lula, Bolsonaro reunió a embajadores internacionales en un evento oficial para criticar la supuesta inseguridad electoral del país. Además, desafió a la justicia y amenazó a los ministros de la Suprema Corte de Justicia. Al salir del poder, sin reconocer inmediatamente la derrota y autoexiliándose en Estados Unidos sin dar posesión a su sucesor, comenzó a trabajar como líder de la oposición en un delicado umbral entre un fuerte discurso contrario a Lula y afrentas a las instituciones demo-



« Donald Trump ha ido más allá del mundo de las *fake news* y de la incitación virtual. Él ha emprendido una guerra comercial contra el mundo. »

cráticas. De regreso a Brasil, llegó a estar una noche en la embajada de Hungría en Brasilia por temor a ser arrestado.

En junio y octubre de 2023, debido a la reunión con los embajadores en 2022 y al abu-



so de poder en las elecciones, fue condenado por el Tribunal Superior Electoral y quedó inhabilitado electoralmente, perdiendo sus derechos políticos. Además, por liderar un intento de golpe de Estado que tuvo varios capítulos entre 2021 y enero de 2023, fue condenado a prisión en septiembre de 2025.

Entre Estados Unidos y el BRICS

La polarización extrema que experimentó Brasil se extendió a las relaciones internacionales y se entrelazó con dinámicas similares

en otras naciones. Estados Unidos es, hoy en día, el ejemplo más importante de cómo las decisiones políticas radicales se confunden con las cuestiones comerciales y la lógica de las relaciones internacionales.

La derecha brasileña se mostró más afín a Washington, sobre todo a los gobiernos de Donald Trump, mientras que la izquierda se mostró más cercana a la idea de desarrollar agendas junto con los BRICS, un grupo formado inicialmente por cuatro países y que hoy en día suma un total de once: Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica, Arabia Saudita, Egipto,

Emiratos Árabes Unidos, Etiopía, Indonesia e Irán.

La polarización también hizo que las relaciones en el propio continente sudamericano se guiaran por el espectro ideológico. Por ejemplo: en Argentina, la victoria del derechista Javier Milei alejó, al menos en el discurso, al Brasil gobernado por el izquierdista Lula da Silva.

La cuestión, en todos estos casos, se centró en comprender qué eran las bravuconadas ideológicas para complacer a los votantes adoctrinados en el entorno virtual, universo esencial y estratégico del nuevo orden político, y en qué medida se verían afectados el pragmatismo comercial y económico.

El tarifazo de Trump y el nacionalismo brasileño

Este punto parecía marcar la agenda de las relaciones entre países: presidentes radicales con discursos intensos en el plano virtual para deleite de un electorado hipnotizado, sin afectar aspectos centrales de sus economías.

En Brasil, por ejemplo, la familia Bolsonaro fue acusada, sobre todo durante la pandemia, de ataques xenófobos contra China en algunas ocasiones; pero, más allá de las explicaciones, a veces poco convincentes, el comercio entre los países se mantuvo firme y en expansión. Entre 2000 y 2024, China pasó de ser el décimo comprador de productos brasileños al primer lugar, con un volumen en dólares que más que duplica al actual segundo comprador, Estados Unidos.

Nada es más representativo en términos comerciales que esta pareja para Brasil, y nada simboliza actualmente de manera más marcada los retos que la polarización política plantea a las relaciones internacionales. Esto se debe a que el campo de las bravuconadas virtuales ha perdido parte de su

relevancia con el nuevo gobierno de Trump. Más allá de los discursos agresivos, las declaraciones sin sentido y las falsedades exageradas, este empresario elegido para otros cuatro años en el poder en 2024 ha adoptado posturas radicales desde su regreso a la Casa Blanca en enero de 2025. Es un comportamiento poco acorde con la nación que dice representar de manera más simbólica los principios generales de la democracia, simbolizados aquí, por ejemplo, en la amnistía a los condenados por los ataques al Capitolio tras la derrota de 2020 frente a Joe Biden.

Vale hacer una digresión: los proyectos de evaluación del estado de la democracia señalan que Estados Unidos ya no es considerado una democracia plena. Según el último informe de V-Dem (Varieties of Democracy), basado en el escenario de 2024, varios países están perdiendo el estatus que los vincula mínimamente con la realidad democrática. Al respecto, afirma: «La magnitud de lo que está sucediendo en Estados Unidos no tiene precedentes y nos lleva a examinar más de cerca lo que parece ser el episodio de autocratización más rápido que ha vivido Estados Unidos en la historia moderna» (Varieties of Democracy, 2025).

Donald Trump ha ido más allá del mundo de las *fake news* y de la incitación virtual. Él ha emprendido una guerra comercial contra el mundo, ha desafiado a las instituciones internacionales con recortes en la financiación y ha puesto al mundo en alerta. Ha enfriado la relevancia de la diplomacia y ha comenzado a negociar nuevas condiciones comerciales con prácticamente todo el planeta, en un tono violento para los estándares internacionales.

En Brasil, la medida se conoció como el *tarifazo*. El país se salvó inicialmente con un pequeño aumento en relación con las tarifas aplicadas al promedio mundial. A continuación, con cifras erróneas de una balanza

« El gobierno de Trump admitió que sus posiciones contrarias a Brasil estaban asociadas a razones de naturaleza político-ideológica. »

comercial favorable a los norteamericanos, falsamente reportada como deficitaria, Washington anunció una tributación de alrededor de 50 puntos porcentuales. Confrontado por empresarios de su propio país y ante la percepción de que algunos sectores internos eran demasiado estratégicos para sufrir, Trump dio marcha atrás parcialmente. Aun así, mantuvo su posición sobre áreas económicas y puso a Brasil en alerta.

Parte de las dificultades brasileñas se vieron atenuadas por nuevos contactos comerciales en todo el mundo. Los empresarios y el Estado actuaron de manera coherente en algunos casos, y las relaciones con países como Alemania, México y China, entre otros, revirtieron parte de los problemas.

La ideologización beneficia a Lula: el efecto Trump

Pero, en Brasil, la ideologización permitió que los discursos radicales se apoderaran de la realidad.

El gobierno de Lula da Silva se benefició de parte de las medidas, y los índices de evaluación del gobierno brasileño mejoraron a los ojos de la opinión pública doméstica. Al igual que hizo en otras naciones con las que entró en conflicto declarado, el presidente de los Estados Unidos contribuyó a reforzar el sentimiento de nacionalismo y dio un nuevo impulso a la imagen de los mandatarios. Así ocurrió en

Australia y Canadá durante las elecciones, y en Brasil no fue diferente. Entre junio y septiembre de 2025, la valoración positiva del presidente Lula da Silva aumentó según diferentes encuestadoras: 4 puntos porcentuales para el instituto Datafolha; 2,5 puntos para Quaest (julio-agosto); 3 puntos para PoderData (junio-julio); y 3,4 puntos para Paraná Pesquisa (junio-agosto). Según los análisis, una parte significativa de estos aumentos se debió a las imposiciones de Trump.

Guerra judicial, amenazas externas y narrativas extremistas

La tendencia actual es al alza de las valoraciones positivas de Lula. El gobierno de Trump admitió que sus posiciones contrarias a Brasil estaban asociadas a razones de naturaleza político-ideológica. El juicio del expresidente Bolsonaro, su aliado, en la Corte Suprema, sería el principal argumento. Su hijo Eduardo, diputado federal electo por São Paulo, se refugió en Estados Unidos y desde entonces ha afirmado que el país necesita enfrentarse a una guerra para librarse de lo que sería una dictadura del Supremo, que condenó a su padre. La influencia de su narrativa sobre la Casa Blanca sería el detonante de sanciones económicas con aranceles e imposiciones de restricciones a miembros del poder judicial brasileño, utilizando en este caso la Ley Magnitsky contra el relator del caso que condenó al expresidente Bolsonaro a más de 27 años de prisión por intento de golpe de Estado.

La opinión pública internacional tuvo poco efecto. La edición del 30 de agosto de 2025 de *The Economist* elogió el juicio de Bolsonaro por intento de golpe de Estado y criticó abiertamente a Estados Unidos por su manejo de la invasión del Capitolio y su aparente retroceso democrático. Trump

habló frontalmente en contra del juicio. Al término de la sentencia, el 11 de septiembre de 2025, se declaró sorprendido y decepcionado, y los miembros de su equipo trataron de hacer nuevas amenazas económicas.

Desde Estados Unidos, Eduardo Bolsonaro declara la guerra a la justicia brasileña y afirma que la familia del ministro Alexandre de Moraes, relator del caso, debe ser perseguida. En manifestaciones públicas previas a la semana decisiva del juicio, políticos y líderes religiosos endurecieron su tono contra la Corte Suprema y, sobre todo, contra el relator del caso más importante de la historia de Brasil, que condenó de forma inédita a un expresidente, exministros y miembros de la alta cúpula militar del país, históricamente involucrada en golpes de Estado sin ningún tipo de castigo durante décadas. En un evento de la derecha celebrado en la Avenida Paulista de São Paulo el 7 de septiembre de 2025, día de la Independencia de Brasil, se vio cómo se desplegaba una enorme bandera estadounidense mientras simpatizantes portaban carteles en inglés solicitando la ayuda de Trump. Este es el ritmo actual de la política en Brasil, extremadamente densificada por radicalismos de todo tipo, caracterizados por noticias falsas y la construcción de narrativas absurdas.

En este contexto, el país se prepara para acoger la COP30 en Belém, capital del estado de Pará, en la región amazónica. Se trata del evento medioambiental más importante del planeta. A pesar de los diversos problemas estructurales y económicos de la ciudad, especialmente en infraestructura y alojamiento, el objetivo es hacer de este evento un hito más para posicionar al país como un actor importante en el ámbito medioambiental.

Nos encontramos ante otra de las promesas asociadas al *gigante dormido*. Durante décadas Brasil ha buscado consolidarse como una potencia en turismo

y medioambiente. Si bien se han logrado avances significativos en este último ámbito, estos se ven ensombrecidos por los datos de deforestación y, sobre todo, por discursos ideológicos radicales. Aquí hay una confusión entre el progreso y la destrucción de las reservas naturales, entre los avances económicos y la preservación de los bosques. Se duda del calentamiento global y se atribuyen a las divinidades algunos desastres naturales como las inundaciones y las sequías.

Amenazas regionales: Venezuela bajo la mira estadounidense

Finalmente, respecto a la postura estadounidense, bajo un gobierno que amenaza con quitarle Groenlandia a Dinamarca, dominar el Canal de Panamá, convertir Gaza en un balneario turístico, anexionar Canadá como un estado de su sistema federativo que ha sido centralizado, y aplastar o aislar a México, Venezuela —vecina fronteriza de Brasil— también se ve amenazada. Dueña de la mayor reserva de petróleo del mundo y gobernada por un dictador desde hace años, la nación intensifica sus relaciones con Estados Unidos en torno de sus reservas naturales de petróleo y, al mismo tiempo, asiste al posicionamiento de buques de guerra en su costa. ¿Qué significa esto exactamente? ¿Qué pretende Trump, que dice querer la paz en Ucrania y en la Franja de Gaza pero, al mismo tiempo, no parece comprender la complejidad de estos conflictos en el norte de Sudamérica?

Desafíos de Brasil como actor global

Determinar el rol de Brasil como actor global en los próximos años implica analizar múltiples dimensiones.

Por un lado, debe enfrentar su pasado y la eterna promesa de consolidarse como un gigante —que se describe como adormecido en diversas interpretaciones—. Por otro lado, desafía un presente marcado de un intenso conflicto ideológico que ha radicalizado el panorama político de la nación, arrastrando a sectores de la sociedad hacia la desconfianza en la política o hacia el elogio descarado y radical de la izquierda o la derecha, sin posibilidad de diálogo. Finalmente, también desafía el futuro: aunque el país atraviesa un momento de extremos, históricamente se ha destacado por mantener buenas relaciones con prácticamente todas las naciones.

El Brasil que inaugura las conferencias de la ONU es hoy un país atrapado en conflictos internos y, simultáneamente, amenazado internacionalmente por una superpotencia que cuestiona la soberanía de su sistema judicial.

En una reciente declaración sobre libertad de expresión —claramente favorable a las grandes tecnológicas que operan en Brasil—, la portavoz de la Casa Blanca, Karoline Leavitt, afirmó que Trump no teme «utilizar el poder económico y militar de Estados Unidos para proteger la libertad de expresión en todo el mundo». El contexto: las empresas tecnológicas, que generan enormes ganancias en Brasil, se ven amenazadas por regulaciones judiciales y proyectos legislativos relacionados con el juicio de Bolsonaro.

La amenaza fue criticada por la diplomacia brasileña. Sin embargo, la pregunta central permanece: ¿en qué medida la lógica democrática, la soberanía nacional y la diplomacia serán capaces de ofrecer valores que nos permitan comprender el rol de un país que enfrenta problemas internos históricos y se sumerge en los complejos retos del actual conflicto ideológico que vive una parte significativa del planeta? La promesa

de un país desarrollado con potencial en medioambiente, agroindustria y fortalecimiento institucional para la defensa de la democracia, definitivamente no puede materializarse sin una comprensión clara de su rol global en el contexto actual. ♦

Referencias

- NUNES, F., y TRAUMANN, T. (2023). *Biografía del abismo. La polarización política en Brasil 2018-2022*. Harper Collins Brasil.
- VARIETIES OF DEMOCRACY. (2025). *Informe sobre la democracia*. Instituto V-Dem.
- The Economist*. (2025, 30 de agosto). *What Brazil Can Teach America – the trial of Jair Bolsonaro* (Lo que Brasil puede enseñar a Estados Unidos: el juicio de Jair Bolsonaro). <https://www.economist.com/weeklyedition/2025-08-30>



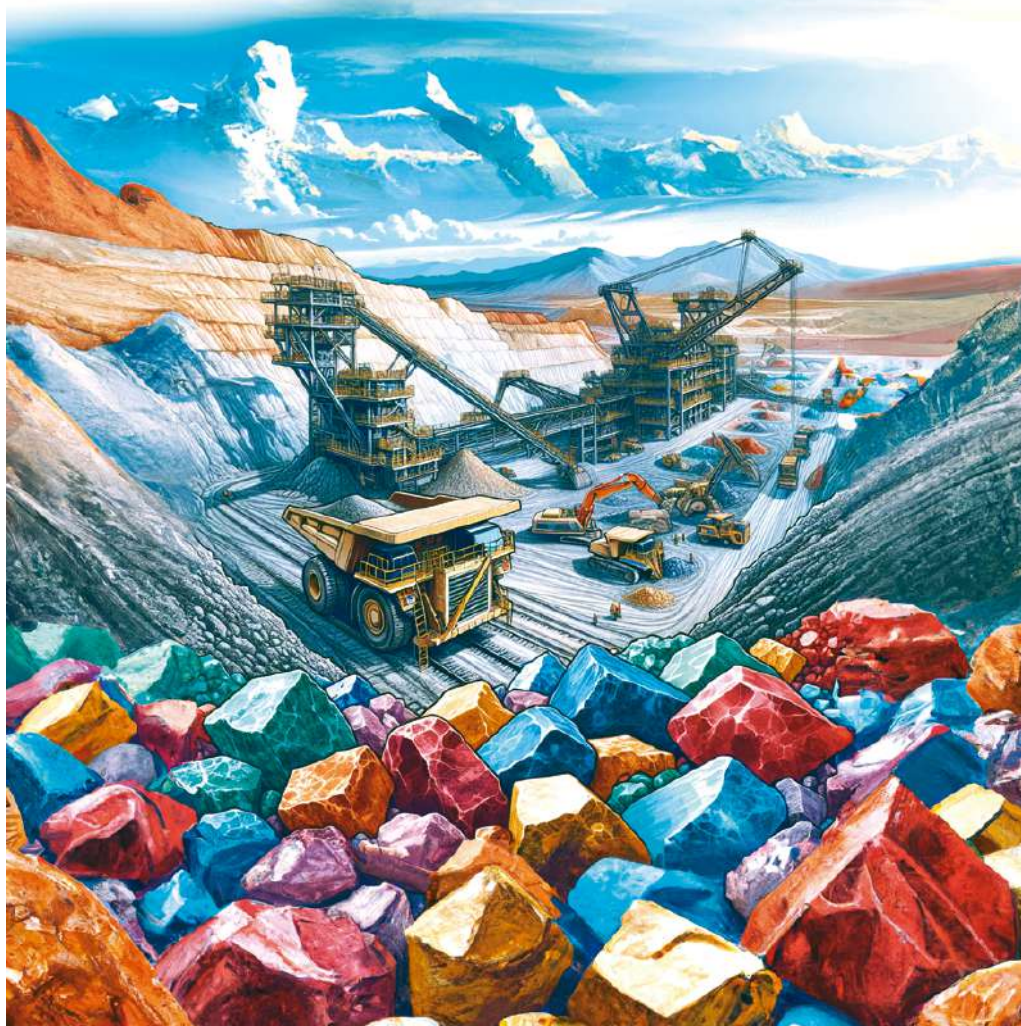
Humberto Dantas

Doctor en ciencias políticas por la Universidad de São Paulo. Coordinador del programa de posgrado en ciencias políticas de la Fundación Facultad de Sociología y Política de São Paulo y del programa de grado en gestión pública de la Escuela Superior de Educación Fipe. Colaborador de KAS-Brasil, donde escribe mensualmente sobre política brasileña.

X: @humberto_dantas

La geopolítica de la energía y sus nuevos ejes globales

NICOLÁS ALBERTONI Y BRUNO BINETTI



La transición energética reconfigura el poder global. Petróleo y gas coexisten con minerales críticos, hidrógeno verde e infraestructuras eléctricas como ejes estratégicos. China domina tecnologías limpias; Estados Unidos y Europa responden con proteccionismo. Esta competencia multipolar por recursos, manufactura e infraestructura redefine las jerarquías geopolíticas del siglo XXI.

Introducción ¹

La energía siempre ha sido un eje de poder y conflicto internacional. Hoy, ese vínculo entre geopolítica y energía atraviesa una transformación profunda. La transición hacia energías renovables y la difusión acelerada de tecnologías limpias están reconfigurando jerarquías de poder y debilitando viejos patrones de dependencia.

Al mismo tiempo, la fragmentación de las cadenas de valor globales y el resurgimiento del proteccionismo se expresan con fuerza en el ámbito energético: desde la competencia por dominar la fabricación de baterías, paneles solares y turbinas, hasta las disputas por la refinación de minerales críticos o el despliegue de infraestructuras de hidrógeno verde. Estos procesos anuncian un escenario de mayor rivalidad, donde las políticas industriales se convierten en instrumentos de poder geopolítico.

Sin embargo, los combustibles fósiles continúan siendo un pilar del sistema energético mundial. La guerra en Ucrania mostró hasta qué punto el gas natural sigue siendo un

arma de presión geopolítica, mientras que el petróleo mantiene su papel como insumo clave del transporte y la industria global. Más que quedar relegados, estos recursos están siendo atravesados por nuevas dinámicas: se diversifican los proveedores, cambian las rutas de abastecimiento y se intensifica la competencia entre grandes potencias por asegurar suministros en un contexto de transición.

La erosión de alianzas tradicionales y la aparición de nuevos polos de influencia configuran un escenario más inestable y competitivo, donde los combustibles fósiles conviven con el ascenso de minerales críticos, el hidrógeno verde y la electrificación masiva. Examinar cómo estas dinámicas redefinen jerarquías, alianzas y vulnerabilidades es clave para entender el futuro del orden internacional.

La energía como eje del poder global

Durante gran parte del siglo XX, la geopolítica de la energía estuvo dominada por el petróleo y el gas. El control de estos recursos era relativamente directo: extracción, transporte y consumo. Las crisis petroleras de los años setenta mostraron cómo la dependencia de los hidrocarburos podía redefinir economías

¹ Los autores agradecen las contribuciones y recomendaciones brindadas para este documento de Guido Maiulini, jefe de asesoría estratégica de la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE).

enteras y otorgar un poder desproporcionado a países productores. En ese contexto, los Estados del Golfo emergieron como actores decisivos del orden internacional, mientras que potencias consumidoras como Estados Unidos, Europa y Japón diseñaron sus estrategias de seguridad nacional en función de garantizar acceso estable y asequible a esos recursos (Center on Global Energy Policy, 2023).

En las últimas décadas, ese esquema comenzó a diversificarse. El auge del gas natural licuado, la irrupción de Estados Unidos como exportador neto de hidrocarburos gracias al *shale*, y la consolidación de nuevos polos de demanda en Asia. Estos desplazaron los ejes tradicionales del poder energético. Hoy el mercado de fósiles es más líquido y multipolar, con actores estatales y privados que compiten en un terreno donde la logística, la infraestructura y la capacidad de negociación pesan tanto como las reservas bajo tierra.

A esta transformación se superpone la transición energética. A diferencia del petróleo y el gas, recursos finitos cuyo valor geopolítico se concentra en su extracción y transporte, las energías renovables dependen de una arquitectura mucho más compleja: cadenas de valor que abarcan la minería de minerales críticos, la refinación y el procesamiento industrial, el dominio de tecnologías de punta y la construcción de redes eléctricas capaces de sostener la electrificación masiva. El poder energético ya no se mide solo en barriles o metros cúbicos, sino en capacidad tecnológica, control de insumos estratégicos y resiliencia de infraestructuras globales.

Gas y petróleo: aún decisivos

Aunque el avance de las energías renovables es innegable, el petróleo y el gas siguen siendo fundamentales en el sistema energético mundial. Su importancia responde no solo a

« El poder energético ya no se mide solo en barriles o metros cúbicos, sino en capacidad tecnológica, control de insumos estratégicos y resiliencia de infraestructuras globales. »

la inercia histórica, sino a su densidad energética, su facilidad de transporte y almacenamiento, y su papel insustituible en sectores como el transporte, la industria pesada y la petroquímica. Según la Agencia Internacional de Energía (IEA), la demanda global de combustibles fósiles alcanzará un pico hacia 2030, pero se mantendrá en niveles elevados durante décadas: incluso bajo escenarios de transición ambiciosos, los fósiles seguirán representando cerca del 60% de la matriz energética mundial en 2050, frente a alrededor del 80% actual (International Energy Agency [IEA], 2025).

La persistencia de los hidrocarburos se refleja también en su centralidad geopolítica. La invasión rusa a Ucrania reconfiguró el mapa gasífero europeo, exponiendo la vulnerabilidad regional frente a la dependencia del gas y acelerando la construcción de terminales de gas natural licuado (GNL) en Alemania y otros países. Estados Unidos, Qatar y Noruega ganaron terreno como exportadores clave, mientras que China e India reforzaron sus lazos con Rusia y los países del Golfo para asegurar abastecimiento. Este contexto ilustra la coexistencia de una competencia multipolar por el acceso a fósiles con el despliegue gradual de energías limpias.

La transformación de Estados Unidos en exportador neto de hidrocarburos, gracias al desarrollo de recursos no convencionales o *shale*, es otro de los cambios estructurales del panorama reciente. Hoy este país es

el mayor productor de crudo: 13,2 MMbbl/día (millones de barriles por día) frente a 7,8 de Arabia Saudita, y de gas natural: 2.700 MMm³/día (millones de metros cúbicos por día) frente a 1.600 de Rusia. Esto le otorga una autonomía inédita y refuerza su influencia en los mercados internacionales (International Energy Agency [IEA], 2025).

El auge del GNL y la reconfiguración logística

Las proyecciones de la IEA confirman que la demanda de gas natural seguirá creciendo en el corto y mediano plazo, impulsada por Asia, antes de estabilizarse en torno a mediados de siglo. El mercado de GNL muestra la misma tendencia: Shell (2025) estima que el comercio mundial se ubicará entre 550 y 600 millones de toneladas anuales en 2030, hasta un 49% más que en 2023, y entre 620 y 690 millones hacia 2040. A fines de 2024, la capacidad global de licuefacción alcanzó los 494,4 MTPA (millones de toneladas por año), con proyectos adicionales en desarrollo por 1.122 MTPA, mientras que la capacidad de re-

» **China refina cerca del 70% del litio mundial, domina la separación de tierras raras y concentra la mayor parte del grafito para baterías. Además, produce la mayoría de los paneles solares, aerogeneradores y baterías, consolidando un liderazgo difícil de desafiar**»

gasificación ascendió a 1.064 MTPA. Estados Unidos se ha consolidado como principal oferente, seguido de Australia, Qatar y Rusia, mientras que los mayores importadores son China, Japón, India y la Unión Europea. La irrupción de plantas flotantes de licuefacción ha dinamizado aún más este mercado, reduciendo costos y acelerando los plazos de puesta en marcha de nuevos proyectos.

Minerales críticos: ¿el nuevo petróleo?

La electrificación masiva de la economía requiere volúmenes inéditos de minerales estratégicos. El litio, el cobalto, el níquel, el cobre y las tierras raras se han convertido en insumos esenciales para baterías, turbinas eólicas, paneles solares y vehículos eléctricos. El control de estos recursos será tan central en el siglo XXI como lo fue el petróleo en el siglo XX.

La producción está altamente concentrada. Australia, Chile y China dominan el litio, mientras que Argentina emerge con proyectos que podrían ampliar su participación (Centro de Estudios Internacionales UC, 2024). Chile y Perú, junto con la República Democrática del Congo y China, producen más de la mitad del cobre mundial. El cobalto depende de manera crítica del Congo y, en menor medida, de Indonesia. Kazajistán y Sudáfrica controlan gran parte del cromo, y la bauxita —clave para turbinas, baterías y cables— se concentra en Australia, Guinea y China. América Latina, especialmente el *triángulo del litio* (Argentina, Bolivia y Chile), se ha convertido en un espacio de interés estratégico para China, Estados Unidos y Europa.

Pero el poder no se juega solo en la extracción. La verdadera palanca está en el procesamiento y la manufactura. China refina cerca del 70% del litio mundial, domina la separación de tierras raras y concentra la mayor parte del grafito para



baterías. Además, produce la mayoría de los paneles solares, aerogeneradores y baterías, consolidando un liderazgo difícil de desafiar (Castillo y Purdy, 2022). Estados Unidos y Europa han lanzado estrategias para reducir su dependencia, con leyes como el Inflation Reduction Act y el Critical Raw Materials Act, buscando desarrollar capacidades de refinado, reciclaje e industrialización local. Sin embargo, competir con la escala y la integración vertical de China sigue siendo un desafío enorme (Sesini, 2025).

Este panorama alimenta un debate en los países productores del sur global sobre cómo capturar mayor valor agregado. Restricciones a la exportación de minerales en bruto —como las aplicadas en Indonesia para el níquel o en Zimbabue para el litio— reflejan la ambición de im-

» La competencia por minerales críticos ya está moldeando nuevas jerarquías y redefiniendo los términos de la seguridad energética global.«

pulsar industrias locales, aunque también plantean riesgos de inversión y tensiones comerciales (Organisation for Economic Co-operation and Development [OECD], 2024).

Lo cierto es que, en un sistema energético en transición, la competencia por minerales críticos ya está moldeando nuevas jerarquías y redefiniendo los términos de la seguridad energética global.



« El poder energético del futuro dependerá menos de pozos y ductos, y más de redes, nodos e innovaciones tecnológicas. »

Hidrógeno verde e infraestructuras eléctricas: nuevos vectores del poder energético

Otra dimensión emergente de la transición es el hidrógeno, en particular el *hidrógeno verde*. Se trata de un combustible producido mediante electrólisis del agua con energía renovable, lo que lo convierte en una alternativa sin emisiones a los combustibles fósiles para sectores donde la electrificación directa

es difícil. Alemania, Japón, Corea del Sur y la Unión Europea lo ven como una solución para descarbonizar industrias intensivas, mientras que Uruguay, Chile, Namibia y Australia surgen como potenciales exportadores.

Esta nueva *ruta del hidrógeno* abre interrogantes sobre infraestructura, regulación, transporte, disponibilidad de electrolizadores y soberanía tecnológica. La incógnita es si funcionará como herramienta de cooperación global o se convertirá en un nuevo campo de rivalidad geopolítica.

Pero la transición no se limita a nuevos combustibles: exige también una modernización radical de las redes eléctricas de transmisión y distribución. La interconexión regional y global se vuelve vital para sostener sistemas más dependientes de renovables. Europa avanza hacia un mercado eléctrico más integrado que incluye conexiones con el

norte de África, mientras que China promueve su Iniciativa Global de Energía Interconectada (GEIDCO) para articular redes transcontinentales. El control de estas infraestructuras puede convertirse en un instrumento de poder: quien controla el flujo eléctrico puede condicionar a sus vecinos.

Al mismo tiempo, emergen nuevos desafíos: almacenamiento a gran escala, estabilidad de redes con alta penetración de renovables y ciberseguridad. El despliegue del hidrógeno y el fortalecimiento de las infraestructuras eléctricas no son procesos paralelos, sino complementarios: ambos requieren inversiones gigantescas, coordinación internacional y reglas de juego claras.

En conjunto, estos procesos muestran que el poder energético del futuro dependerá menos de pozos y ductos, y más de redes, nodos e innovaciones tecnológicas. Paralelamente, el cambio climático introduce nuevos riesgos: eventos extremos que afectan la generación, la demanda y la distribución de energía, forzando a pensar en sistemas más descentralizados, resilientes y adaptativos.

Transición, industria y proteccionismo

La transición energética ya no se mide solo en recursos o en infraestructura, sino en la capacidad de construir industrias enteras alrededor de las tecnologías limpias. La producción de baterías, paneles solares, vehículos eléctricos y electrolizadores define hoy tanto la autonomía de los Estados como su proyección de poder. Quien domine estas cadenas de valor no solo asegura empleos y crecimiento interno, sino que también establece estándares globales e influye en el rumbo de la transición.

China ocupa el centro de este tablero. Produce más del 70% de las baterías y paneles solares del mundo, cerca del 65% de los aerogeneradores y alrededor del 60% de los vehículos

eléctricos vendidos en 2024. Su trayectoria ya no consiste en imitar tecnología extranjera, sino en innovar, escalar producción y controlar segmentos críticos de la cadena. Con un mercado interno gigantesco y una integración vertical difícil de replicar, se ha convertido en el referente de la industria verde global.

Estados Unidos y Europa buscan reducir su dependencia y revitalizar sus sectores industriales. La Inflation Reduction Act desató una ola de inversiones en energías limpias que continúa incluso en estados tradicionalmente republicanos, aunque desde 2025 su aplicación se ha visto limitada (Kupzok, 2025). La nueva administración profundizó el giro proteccionista con aranceles generalizados y políticas de relocalización orientadas a reconstruir cadenas de suministro dentro del país.

Europa, por su parte, combina subsidios selectivos con instrumentos regulatorios como el Mecanismo de Ajuste de Carbono en Frontera (CBAM), que grava las importaciones de bienes intensivos en carbono y presiona para que la producción limpia se concentre dentro de la Unión (García-Herrero y Schindowski, 2024). Pero las estrategias de Washington y Bruselas no siempre convergen: compiten por atraer inversiones, difieren en el diseño de incentivos y muestran tensiones crecientes en torno al comercio transatlántico.

La industrialización verde se ha convertido así en una dimensión central de la competencia geopolítica. China consolida su lide-

» **China consolida su liderazgo en las tecnologías del futuro, mientras que Estados Unidos y Europa intentan responder con estrategias fragmentadas y costosas.** «



Almacenamiento de baterías de iones de litio.

razgo en las tecnologías del futuro, mientras que Estados Unidos y Europa intentan responder con estrategias fragmentadas y costosas. El resultado no es un desacople absoluto, sino una fragmentación controlada: las cadenas globales siguen funcionando en segmentos no estratégicos, pero los nodos clave de la transición —baterías, autos eléctricos, tecnologías renovables— se organizan bajo una lógica de competencia, protección y poder.

El desafío de la transición energética no es solo técnico, sino profundamente geopolítico. La competencia por tecnologías limpias ha derivado en medidas proteccionistas como el Inflation Reduction Act de Estados Unidos o las estrategias de autonomía estratégica de la Unión Europea. Esto puede afectar a países en desarrollo, que ven limitada su capacidad de integrarse en cadenas de valor globales.

Conclusión: escenarios de un orden en transición

La geopolítica de la energía se ha vuelto más compleja, policéntrica y volátil. El petróleo y el gas siguen siendo pilares del sistema energético, pero ya no concentran por sí solos el poder estratégico. A su lado emergen minerales críticos, nuevas infraestructuras eléctricas y tecnologías como el hidrógeno verde, que amplían el mapa de recursos y capacidades decisivas. El resultado es un tablero donde conviven viejas y nuevas fuentes de influencia, donde las disputas ya no se limitan a la extracción de recursos, sino que abarcan cadenas de valor enteras.

El dominio de China sobre la manufactura de tecnologías limpias, la respuesta proteccionista de Estados Unidos y la búsqueda de autonomía estratégica en Europa muestran que la transición energética no es solo un desafío ambiental: es también una competencia industrial y geopolítica. Los

« El dominio de China sobre la manufactura de tecnologías limpias, la respuesta proteccionista de Estados Unidos y la búsqueda de autonomía estratégica en Europa muestran que la transición energética no es solo un desafío ambiental. »

países del sur global, con abundantes recursos minerales y renovables, se ven atraídos a esta pugna, pero enfrentan el dilema de cómo convertir esas ventajas en desarrollo sostenido y no quedar atrapados como simples proveedores.

En este escenario, la transición energética definirá tanto el futuro del planeta como la arquitectura del poder internacional. Lo que está en juego no es únicamente qué energía se consume, sino quién controla la tecnología, la infraestructura y la capacidad de adaptarse a un mundo más inestable. Comprender esta dinámica es esencial para anticipar los conflictos, las alianzas y los márgenes de cooperación que marcarán la política global en las próximas décadas. ♦

Referencias bibliográficas

- CASTILLO, R., y PURDY, C. (2022, 1 de agosto). China's role in supplying critical minerals for the global energy transition. What could the future hold? *Brookings Institution*. <https://www.brookings.edu/articles/chinas-role-in-supplying-critical-minerals-for-the-global-energy-transition-what-could-the-future-hold/>
- CENTER ON GLOBAL ENERGY POLICY. (2023).

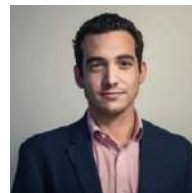
- The 1973 oil crisis: Three crises in one and the lessons for today.* Columbia University. <https://www.energypolicy.columbia.edu/publications/the-1973-oil-crisis-three-crises-in-one-and-the-lessons-for-today/>
- CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES UC. (2024). *Minerales críticos para la transición verde.* Autores: Roberto OVALLE S., Diego ROJAS T. y Jorge SAHD K. Pontificia Universidad Católica de Chile. https://centroestudiosinternacionales.uc.cl/images/publicaciones/publicaciones-ceiuc/2024/minerales_ceiuc-1.pdf
- GARCÍA-HERRERO, A., y SCHINDOWSKI, R. (2024). *Unpacking China's industrial policy and its implications for Europe.* Working Paper 11/2024. Bruegel. <https://www.bruegel.org/working-paper/unpacking-chinas-industrial-policy-and-its-implications-europe>
- INTERNATIONAL ENERGY AGENCY (IEA). (2025). *Global energy review 2025.* <https://www.iea.org/reports/global-energy-review-2025>
- KUPZOK, N. (2025, 31 de julio). Climate policy is still good for business. *Foreign Affairs.* <https://www.foreignaffairs.com/united-states/climate-policy-still-good-business>
- MCCORMICK, M., y SMYTH, J. (2024, 23 de abril). How us shale keeps sheltering America from the next oil price surge. *Financial Times.* <https://www.ft.com/content/030dc3c8-0f25-483e-91aa-9db-d9abc5c4d>
- ORGANISATION FOR ECONOMIC CO-OPERATION AND DEVELOPMENT (OECD). (2024). *OECD inventory of export restrictions on industrial raw materials 2024.* OECD Publishing Paris. <https://doi.org/10.1787/5e46bb20-en>
- ORGANIZACIÓN LATINOAMERICANA DE ENERGÍA (OLADE). (2025, 29 de mayo). *Geopolítica energética: retos y oportunidades.* [Webinar]. <https://www.youtube.com/watch?v=xh3U4WQK84Y>
- SESINI, M. (2025, 23 de abril). Trump and the eu's critical raw materials dilemma: A new era of supply chain vulnerability. *European University Institute, Florence School of Regulation.* <https://fsr.eui.eu/trump-and-the-eus-critical-raw-materials-dilemma-a-new-era-of-supply-chain-vulnerability/>
- SHELL. (2025). *Shell lng Outlook 2025.* <https://www.shell.com/what-we-do/oil-and-natural-gas/liquefied-natural-gas-lng/lng-outlook-2025.html>
- U.S. ENERGY INFORMATION ADMINISTRATION (EIA). (2024, 15 de abril). *The United States exported a record volume of natural gas in 2023.* <https://www.eia.gov/todayinenergy/detail.php?id=61823>



Nicolás Albertoni

Doctor en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales. Magíster en Economía por la University of Southern California. Magíster de la School of Foreign Service, Georgetown University. Vicescanciller de Uruguay (2022-2025). Autor de *Trade Protectionism in an Uncertain and Interconnected Global Economy* (Routledge, 2023) y *Uruguay como solución* (Penguin, 2019).

X: @n_albertoni



Bruno Binetti

Doctor en Relaciones Internacionales por la London School of Economics. *Associate Fellow* de Chatham House en Londres, especializado en transición energética y geopolítica, con un enfoque particular en el papel de China en el sur global.

X: @binettibruno



¿Está América Latina a punto de incorporarse al BRICS?

GUILHERME CASARÕES

En este artículo se analizan las razones que han impulsado las relaciones de América Latina con los países del BRICS en los últimos años. Se examina el papel de Brasil, el nuevo panorama geopolítico y la reciente expansión del BRICS a la luz de los desafíos y oportunidades que se abren para América Latina.

Introducción

En los últimos años, varios países latinoamericanos han buscado un mayor acercamiento al BRICS como una estrategia de política exterior. Invitaron a Argentina formalmente a unirse al grupo en octubre de 2023, pero esta rechazó la invitación unos meses más tarde. En enero de 2025, con la ampliación del BRICS+, Cuba y Bolivia fueron incorporados como *países socios*. Por invitación de Brasil, México, Uruguay y Colombia participaron en la cumbre de los BRICS celebrada en Río de Janeiro el pasado mes de julio. ¿A qué se debe el creciente interés de América Latina por el bloque BRICS? ¿Por qué los países latinoamericanos tardaron más de una década para mostrar su interés en unirse al BRICS?

La respuesta a ambas preguntas reside en cómo han cambiado el mundo y el BRICS desde principios del siglo XXI. El origen del agrupamiento BRICS marca un cambio decisivo en la gobernanza mundial: de un acrónimo económico concebido de forma especulativa, se ha convertido en una alianza con creciente relevancia política y diplomática. Esta transformación responde a las aspiraciones de las potencias emergentes de reconfigurar el orden internacional hacia un mundo más multipolar.

El término BRIC, introducido por el economista Jim O'Neill de Goldman Sachs en 2001, designa a Brasil, Rusia, India y China como economías emergentes con un potencial de crecimiento económico superior al de los países del G7, convirtiéndolos en destinos estratégicos de inversión. Aunque los informes iniciales de O'Neill estimaban el peso económico conjunto de estos países, la evolución del BRIC fue el resultado de decisiones políticas más que de dinámicas del mercado financiero. El grupo informal BRIC empezó a consolidarse como entidad política en 2006, cuando los ministros de asuntos exteriores de Brasil, Rusia, India y China establecieron encuentros anuales al margen de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

La coordinación diplomática entre las potencias emergentes se fortaleció tras la crisis financiera mundial de 2008, que evidenció la necesidad de reformar las instituciones financieras internacionales. La primera cumbre de jefes de Estado de los BRIC, organizada por Rusia en Ekaterimburgo en 2009, marcó el inicio de reuniones anuales que dotaron al bloque naciente de «cuerpo y contenido» (García y Bond, 2018). La inclusión de Sudáfrica en 2010, promovida por China, formalizó el acrónimo BRICS en 2011 y amplió notablemente su representación geográfica.

En los últimos dos años, el BRICS ha duplicado su tamaño y ha introducido una nueva categoría de países socios. Representando el 45% de la población mundial, el 35% del producto interior bruto (PIB) global medido en paridad de poder adquisitivo (PPA) y casi la mitad de la producción mundial de petróleo, los países del BRICS+ se han consolidado como una fuerza relevante en los asuntos internacionales actuando como plataforma del sur global (Heine, 2025). Si bien América Latina aún no ha incrementado su presencia en el BRICS, el cambiante panorama geopolítico ofrece perspectivas prometedoras, aunque no exentas de desafíos, que analizaré en las secciones siguientes.

América Latina y la formación del BRICS

América Latina no formaba parte de la visión original concebida por el BRICS, al menos en términos de representación y composición. Quienes concebían al grupo

« Si bien Brasil ha buscado proyectar los intereses de América Latina dentro del BRICS, se ha enfrentado con diversos desafíos derivados de las asimetrías existentes con sus vecinos de la región.»

exclusivamente como una asociación de economías emergentes y de rápido crecimiento —entre ellos el propio O’Neill— sostenían que México debía ser incluido. Cuando el BRICS comenzó a asumir un perfil más político, surgieron otras agrupaciones centradas en el potencial de inversión —como MINT (México, Indonesia, Nigeria y Turquía) o CIVETS (Colombia, Indonesia, Vietnam, Egipto, Turquía y Sudáfrica)— que destacaban a algunas de



Países miembros de la asociación BRICS: Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica (originales), Argentina, Egipto, Etiopía, Arabia Saudita, Irán, Emiratos Árabes Unidos (2024).

las economías más abiertas de América Latina (O'Neill, 2013). Sin embargo, dentro del BRICS, Brasil desempeñó el papel de mediador y al mismo tiempo *gatekeeper* entre el grupo y el resto de los países latinoamericanos.

Brasil, miembro fundador y único representante latinoamericano en el BRICS, colabora con los demás miembros del bloque, impulsado por varias motivaciones clave: la búsqueda de prestigio e influencia geopolítica, una mayor cercanía con China y una forma de seguro frente a un posible aislamiento diplomático por las potencias occidentales (Stuenkel et al., 2025). Bajo la presidencia de *Lula da Silva*, Brasil articuló de manera coherente una *estrategia multialineada*, orientada a fortalecer los vínculos con otras economías emergentes, sin descuidar sus relaciones con los socios tradicionales en Estados Unidos y Europa (Berg et al., 2024). Este enfoque posicionó al BRICS como una plataforma para articular los intereses del sur global, amplificando la voz de Brasil en foros clave de la gobernanza mundial como la ONU, la OMC y las instituciones de Bretton Woods. Brasil desempeñó un papel particularmente activo en la configuración de la arquitectura institucional del BRICS, proponiendo soluciones y coordinando las negociaciones de iniciativas clave, entre ellas el Nuevo Banco de Desarrollo (NBD) y el Acuerdo Contingente de Reservas (CRA).

El papel de Brasil

En lo que respecta a su papel en América Latina, Brasil no actuó de manera totalmente independiente, sino que buscó conciliar sus aspiraciones de liderazgo regional con su participación en el BRICS. Brasil se destaca como la nación más extensa y económicamente relevante de Sudamérica, y ejerce una influen-

» China es actualmente el principal socio comercial de Sudamérica y el segundo más importante de Latinoamérica, después de Estados Unidos. «

cia regional significativa que se extiende a sus países vecinos. El Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social de Brasil (BNDES), por ejemplo, ha destinado históricamente la mayor parte de sus desembolsos a América Latina. En la Cumbre de Fortaleza, de 2014, los jefes de Estado del BRICS se reunieron con los líderes de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y otorgaron al bloque una nueva dimensión regional.

Si bien Brasil ha buscado proyectar los intereses de América Latina dentro del BRICS, se ha enfrentado con diversos desafíos derivados de las asimetrías existentes con sus vecinos de la región. Mientras que los países más pequeños de Sudamérica como Bolivia, Paraguay y Perú tienden a mostrar cierto resentimiento hacia el papel regional de Brasil y su dependencia del gobierno y de las multinacionales brasileñas, los competidores de tamaño medio como Argentina, Venezuela y Colombia cuestionan la autoproclamada condición de Brasil como portavoz de la región en los foros multilaterales (Malamud, 2011). Además, la expansión de la influencia de China y Rusia en América Latina se produjo, en muchos casos, a expensas de la posición regional de Brasil, lo que disminuyó los incentivos de este para apoyar la adhesión de nuevos países latinoamericanos al BRICS.

Los intereses crecientes de los países BRICS en América Latina

El período comprendido entre 2013 y 2019 fue testigo de una profunda transformación en la geopolítica mundial, marcada de manera significativa por el ascenso de China bajo el mandato del presidente Xi Jinping. Allí se redefinió la dinámica interna del BRICS, evidenciando un contraste notable con el estancamiento económico que atravesaban algunos de sus miembros clave como Brasil y Sudáfrica. Bajo el impulso de China, el BRICS evolucionó desde un enfoque predominantemente económico y comercial hacia una agenda más integral que abarca dimensiones políticas y de seguridad, alineada con las prioridades estratégicas de Pekín (Zhao, 2025).

Como era previsible, la expansión económica de China se tradujo en un interés cada vez mayor por América Latina. Para 2024, el comercio creció hasta alcanzar la cifra récord de 518.000 millones de dólares. En veinte años, los bancos de desarrollo chinos han otorgado más de 120.000 millones de dólares en préstamos a América Latina y el Caribe, frecuentemente a cambio de petróleo y para financiar proyectos energéticos y de infraestructura, principalmente en Venezuela, Brasil, Ecuador y Argentina.

Además, China es actualmente el principal socio comercial de Sudamérica y el segundo más importante de Latinoamérica, después de Estados Unidos (Roy, 2025). Sin embargo, esta relación comercial a menudo reprodujo una dinámica de tipo *norte-sur*, dado que casi tres cuartas partes de las exportaciones latinoamericanas a China consisten en productos primarios. Mientras China exportaba productos manufacturados, los países latinoamericanos proveían principalmente materias primas y

« La pandemia de covid-19 redefinió el panorama de la cooperación internacional, abriendo nuevas oportunidades para el fortalecimiento de las relaciones entre América Latina y los países del BRICS. »

productos agrícolas (García y Bond, 2018).

En un contexto de creciente protagonismo de China dentro del bloque, la creación del Nuevo Banco de Desarrollo durante la Cumbre de Fortaleza de 2014 marcó un punto de inflexión en la institucionalización del BRICS y en su aspiración de reformar la gobernanza financiera mundial. La estructura del NDB, que permite explícitamente la adhesión de países ajenos al BRICS, constituye una fuente alternativa de financiación para el desarrollo de las naciones latinoamericanas. Un atractivo central es la promesa de una financiación exenta de las condiciones políticas que suelen imponer instituciones occidentales como el Banco Mundial y el FMI, un aspecto especialmente valorado por los países en desarrollo (García y Bond, 2018).

A su vez, el Acuerdo Contingente de Reservas (CRA), creado durante la Cumbre de Fortaleza, funciona como una red de seguridad financiera para ayudar a los países del BRICS a prevenir presiones de liquidez a corto plazo y a prestarse apoyo mutuo. Con un capital inicial de 100.000 millones de dólares estadounidenses, el CRA tiene como objetivo fortalecer la red de seguri-

dad financiera mundial y complementar los mecanismos internacionales existentes. Para los países latinoamericanos —especialmente aquellos que enfrentan sanciones internacionales o buscan reducir su dependencia del dólar estadounidense— el CRA y otras iniciativas del BRICS como el sistema de pagos alternativo BRICS Bridge y la promoción del comercio en moneda local constituyen instrumentos estratégicos para sortear los sistemas financieros dominados por Occidente (Klomegah, 2024).

La pandemia trajo nuevas oportunidades

La pandemia de covid-19 redefinió el panorama de la cooperación internacional, abriendo nuevas oportunidades para el fortalecimiento de las relaciones entre América Latina y los países del BRICS. El *nacionalismo vacunal* de Occidente y la falta de cooperación con el sur global ofrecieron a China, India y Rusia la oportunidad de fortalecer sus vínculos con distintas regiones del mundo —incluida América Latina— a través de la diplomacia de las vacunas, la financiación alternativa y propuestas de cooperación sanitaria global (Heine, 2025). Aunque el grupo BRICS no logró articular una respuesta colectiva sólida frente a la pandemia, ha mantenido una postura clara respecto a la importancia de la equidad sanitaria, la transferencia de tecnología, la investigación y vigilancia conjuntas, así como el acceso equitativo a medicamentos y vacunas (Moore, 2022). Para las naciones latinoamericanas, la pandemia —sobre todo durante la administración estadounidense de Trump, percibida como hostil— incrementó el atractivo del grupo BRICS como alternativa a los socios occidentales tradicionales.

» La ampliación del BRICS+ está concebida explícitamente para reconfigurar el equilibrio de poder mundial, desplazándolo de la unipolaridad estadounidense hacia un orden internacional multipolar y no occidental.«

¿Qué motiva a los países latinoamericanos a integrarse al BRICS?

La expansión reciente del grupo BRICS, consolidada con la adhesión de Egipto, Etiopía, Irán y los Emiratos Árabes Unidos en 2024, seguida por la de Indonesia en 2025, evidencia el predominio de las motivaciones geopolíticas en la configuración del bloque. La ampliación del BRICS+ está concebida explícitamente para reconfigurar el equilibrio de poder mundial, desplazándolo de la unipolaridad estadounidense hacia un orden internacional multipolar y no occidental, impulsado por las ambiciones de los distintos Estados miembros. Esta expansión también ha despertado un creciente interés entre varios países latinoamericanos, motivados por diversas consideraciones geopolíticas y económicas.

— Venezuela considera su incorporación al BRICS como una plataforma estratégica para contrarrestar la influencia de Estados Unidos y mitigar el impacto de las sanciones internacionales que han limitado su acceso a la financiación y a los mercados globales. El régimen de Nicolás Maduro concibe al BRICS como un medio para acceder a la financiación del NDB, diversificar sus vínculos económicos y efectuar transacciones en monedas

distintas al dólar estadounidense, contribuyendo así a debilitar el orden unipolar liderado por Estados Unidos. Venezuela ha consolidado alianzas políticas, financieras, militares y energéticas con China y Rusia, miembros fundadores del BRICS (Holtzmann et al., 2024; Mijares, 2025).

— Nicaragua ha expresado un gran interés en unirse al BRICS. El presidente Daniel Ortega considera que esta agrupación constituye una plataforma para que países tanto poderosos como en desarrollo promuevan un mundo multipolar y afronten los desafíos de la pobreza y el hambre. La solicitud de adhesión de Nicaragua también refleja su intención de posicionarse como «plataforma regional de Rusia» y de fortalecer sus vínculos con China (Berg et al., 2024; Holtzmann et al., 2024).

— Bolivia, con sus vastas reservas de litio, considera que su adhesión al BRICS representa una oportunidad para impulsar el desarrollo tecnológico y económico, reducir la dependencia del dólar estadounidense y atraer inversiones para su sector minero, especialmente de empresas rusas y chinas. Bolivia ha participado activamente en las negociaciones para asegurar financiamientos del NDB y diversificar su comercio, reduciendo su dependencia del dólar (Holtzmann et al., 2024).

— Cuba, con lazos históricos con Rusia desde la Guerra Fría, considera que su integración al BRICS constituye una herramienta clave para mitigar la crisis económica, fortaleciendo la cooperación con Rusia, China e Irán para contrarrestar las sanciones y el embargo estadounidense. Rusia, en particular, ha desempeñado un papel activo en la reestructuración de la deuda de Cuba y en la firma de acuerdos económicos (Berg et al., 2024).

» La expansión del BRICS ha comprometido a los miembros fundadores democráticos como Brasil e India. Cada vez es más difícil presentar al BRICS como una entidad no confrontativa y no alineada. «

— Colombia, en cambio, aborda su relación con el BRICS con cautela. Aunque el gobierno del presidente Gustavo Petro busca diversificar sus alianzas internacionales y atraer nuevas inversiones, mantiene prudencia para no poner en riesgo sus vínculos históricos con Estados Unidos, su principal socio en seguridad y economía. Para Bogotá, la colaboración con el BRICS representa una oportunidad de ampliar sus opciones estratégicas sin implicar un realineamiento total (Mijares, 2025).

— Durante la presidencia de Javier Milei, Argentina optó por retirar su solicitud de adhesión al BRICS, argumentando diferencias ideológicas y una política exterior orientada a disminuir su dependencia financiera y económica de China, además de evitar colaboraciones estratégicas con Rusia. Este caso evidencia las divisiones ideológicas y los distintos grados de alineamiento con los valores occidentales en América Latina, factores que condicionan la relación de la región con el BRICS (Bingyun, 2024).

Sin embargo, la expansión del BRICS ha comprometido a los miembros fundadores democráticos como Brasil e India. Cada vez es más difícil presentar al BRICS como una



Luiz Inácio Lula da Silva. Foto: Gobierno de Brasil.

entidad no confrontativa y no alineada. El cambio en el equilibrio de poder —con las autocracias superando en número a las democracias dentro del BRICS+— ha generado preocupación de que el bloque esté adoptando una orientación más abiertamente antioccidental y centrada en Pekín. Este déficit democrático podría llevar a países como Brasil a distanciarse del BRICS, revirtiendo una década de participación entusiasta, ante el incremento de cargas y la percepción de haber perdido control sobre la dinámica interna del bloque (Berg et al., 2024).

¿Qué beneficios puede obtener el BRICS con su expansión hacia Latinoamérica?

China, potencia económica hegemónica dentro del BRICS, concibe esta expansión como un puente estratégico para aprovechar y moldear el poder transformador de

» La expansión del BRICS ha comprometido a los miembros fundadores democráticos como Brasil e India. Cada vez es más difícil presentar al BRICS como una entidad no confrontativa y no alineada. «

los países no occidentales, con el objetivo de impulsar una reforma del sistema internacional. Pekín utiliza las invitaciones selectivas de adhesión para consolidar su liderazgo en el sur global, con el propósito de promover un orden mundial centrado en su interés estratégico. Esto incluye fortalecer vínculos comerciales y expandir su influencia a escala global, actuando a me-

« Resulta poco probable que las economías latinoamericanas adopten a corto plazo una postura conflictiva frente a sus socios occidentales tradicionales, dado que sus vínculos comerciales y de inversión con Estados Unidos y la Unión Europea siguen siendo los más relevantes. »

nudo como una *póliza de seguro* frente a un posible aislamiento de Occidente (Holtzmann et al., 2024).

Las motivaciones de Rusia para promover la expansión son claramente antioccidentales y buscan consolidar al BRICS como una herramienta destinada a reducir el dominio global de Estados Unidos y a desarrollar mecanismos financieros y comerciales que eludan las sanciones impuestas por Occidente. Moscú busca estrechar vínculos con países latinoamericanos autoritarios como Venezuela, Cuba y Nicaragua, con el objetivo de ampliar su influencia geopolítica bajo el pretexto del antiimperialismo. El apoyo activo de Rusia a estos países subraya su impulso geopolítico hacia un mundo menos dominado por Estados Unidos (Holtzmann et al., 2024).

India, que sigue una política de *multialineamiento* utiliza el BRICS como plataforma alternativa para consolidar su liderazgo internacional, promover la multipolaridad y reafirmar su papel en el sur global. India apoyó la incorporación de

todos los nuevos miembros del BRICS, interpretándola como una adaptación de las instituciones internacionales frente a los retos contemporáneos. Sin embargo, India también procura evitar que el bloque se transforme en una camarilla abiertamente antioccidental o que quede completamente bajo la influencia de China, equilibrando su compromiso con el BRICS y sus relaciones estratégicas con socios occidentales (Holtzmann et al., 2024).

Brasil ha mantenido una postura más ambigua respecto a la ampliación del BRICS. Durante años, Brasilia se ha opuesto a ella, temiendo que su influencia en el bloque disminuya mientras la de China y Rusia se fortalece. El objetivo constante de Brasil ha sido evitar que los países del BRICS adopten una postura abiertamente antioccidental, dado que ello amenazaría sus relaciones históricas con Estados Unidos y Europa (Illueca, 2025). Brasil apoyó tácitamente la entrada de Colombia al grupo, aunque sus reservas habrían bloqueado el avance de la solicitud de Venezuela para obtener la condición de miembro de pleno derecho durante la cumbre de Kazán, según el llamado del presidente ruso Vladimir Putin a que ambos países «resuelvan sus diferencias» (Berg et al., 2024).

Conclusión

La relación entre América Latina y el BRICS está marcada por contradicciones internas y presiones externas (Serbin, 2023). El grupo BRICS, pese a sus objetivos declarados de promover un orden mundial más equitativo y democrático, enfrenta divergencias internas que abarcan diferencias significativas en su trayectoria histórica, estructuras económicas, sistemas políticos y ambiciones de poder. La rivalidad entre China y la India,



« Si bien el BRICS ofrece una fuente alternativa de financiación y un espacio para cuestionar la hegemonía occidental, enfrenta críticas por perpetuar desigualdades económicas y por aumentar las obligaciones geopolíticas de sus miembros. »

la posición geopolítica singular de Rusia y el creciente predominio de China dentro del bloque contribuyen a generar fricciones internas. Los críticos sostienen que el BRICS corre el riesgo de reproducir los mismos patrones imperialistas que afirma desafiar, dado que los beneficios se concentran principalmente en las élites metropolitanas de los países miembros y en sus socios secundarios en las periferias externas (García y Bond, 2018).

Resulta poco probable que las economías latinoamericanas adopten a corto plazo una postura conflictiva frente a sus socios occidentales tradicionales, dado que sus vínculos comerciales y de inversión con Estados

Unidos y la Unión Europea siguen siendo los más relevantes (Baumann, 2025). Por ello, si el BRICS desea obtener un amplio apoyo para un nuevo modelo de gobernanza global, deberá ofrecer incentivos atractivos y construir una red de respaldo sólida más allá de sus miembros inmediatos.

Por su parte, Occidente percibe al BRICS como una *llamada de alerta* y se ve impulsado a reforzar la cooperación con el sur global, a integrar más estrechamente a los países BRICS con orientación hacia Occidente en las estructuras de gobernanza global existentes y a promover nuevas asociaciones económicas y acuerdos de libre comercio (Holtzmann et al., 2024).

La firma de acuerdos, como el tratado comercial entre la UE y el Mercosur, junto con la priorización de las relaciones con países como India constituyen medidas fundamentales para prevenir un vacío de poder que otras potencias, especialmente China, podrían aprovechar. La nueva administración de Trump ha adoptado un enfoque distinto, amenazando a todos los países del BRICS con aranceles masivos con la intención de debilitar el bloque y alejar a los países latinoamericanos de la influencia de China. Hasta el momento, la estrategia estadounidense ha fracasado (Martin, 2025).

En conclusión, la relación entre América Latina y el BRICS es un proceso dinámico y en constante evolución. La ampliación del bloque y su retórica crecientemente antioccidental brindan a las naciones latinoamericanas la posibilidad de consolidar vínculos estratégicos y políticos con Moscú y Pekín, aunque generan desafíos significativos, sobre todo para las democracias de la región. Si bien el BRICS ofrece una fuente alternativa de financiación y un espacio para cuestionar la hegemonía occidental, enfrenta críticas por perpetuar desigualdades económicas y por aumentar las obligaciones geopolíticas de sus miembros. El futuro de esta relación

dependerá de la capacidad del BRICS para resolver sus contradicciones internas, establecer una agenda de desarrollo verdaderamente inclusiva y sostenible, y consolidar un apoyo más amplio entre los países en desarrollo, al mismo tiempo que maneja relaciones cada vez más tensas con Estados Unidos y otras potencias occidentales. ♦

Referencias

- BAUMANN, R. (2025). *Latin America and the Likelihood of Influence of the BRICS*. DINTE Policy Brief.
- BERG, R. C., HERNANDEZ-ROY, Ch., BLEDSOE, R., y ZIEMER, H. (2024, 28 de octubre). Why are Latin American Dictators Seeking Membership in BRICS+? CSIS. <https://www.csis.org/analysis/why-are-latin-american-dictators-seeking-membership-brics>
- BINGYUN, G. (2024, 16 de enero). Why has Argentina declined to join BRICS? *Think China*. <https://www.thinkchina.sg/politics/why-has-argentina-declined-join-brics>
- GARCÍA, A., y BOND, P. (2018). Amplifying the Contradictions: the centrifugal brics. *Socialist Register*, 55.
- HEINE, J. (2025). Brazil, the BRICS and Active Non-Alignment. *CEBRI-Revista*, 13.
- HOLTZMANN, H.-D. et al. (2024). *BRICS enlargement: a strategic move or a wake-up call for the West?* Policy Paper. Friedrich Naumann Foundation.
- ILLUECA, A. (2025, 3 de julio). Brazil's BRICS balancing act faces a new test in Rio. *China Global South Project*. <https://chinaglobalsouth.com/analysis/brazil-brics-summit-2025/>
- KLOMEGAH, K. (2024, 15 de agosto). Prospects for BRICS New Currency and New Payment System. *Modern Diplomacy*.

- <https://modern-diplomacy.eu/2024/08/15/prospects-for-brics-new-currency-and-new-payment-system/>
- MALAMUD, A. (2011). A Leader Without Followers? The Growing Divergence Between the Regional and Global Performance of Brazilian Foreign Policy. *Latin American Politics and Society*, 53(3).
- MARTIN, N. (2025, 9 de junio). Will BRICS boom under Trump's watch? *DW*. <https://www.dw.com/en/will-brics-boom-under-trumps-watch/a-73750601>
- MIJARES, V. et al. (2025, 31 de marzo). Colombia and Venezuela. En S. PATRICK et al., *BRICS Expansion and the Future of World Order: perspectives from member states, partners, and aspirants*. Carnegie Endowment for International Peace. <https://carnegieendowment.org/research/2025/03/brics-expansion-and-the-future-of-world-order-perspectives-from-member-states-partners-and-aspirants>
- MOORE, C. (2022). BRICS and Global Health Diplomacy in the Covid-19 Pandemic: Situating BRICS' diplomacy within the prevailing global health governance context. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 65(2).
- O'NEILL, J. (2013, 12 de noviembre). Who You Calling a BRIC? *Bloomberg*. <https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2013-11-12/who-you-calling-a-bric>
- ROY, D. (2025, 6 de junio). China's Growing Influence in Latin America. *Council on Foreign Relations*. <https://www.cfr.org/backgrounders/china-influence-latin-america-argentina-brazil-venezuela-security-energy-bri>
- SERBIN, A. (2023, 18 de septiembre). BRICS and the Dilemmas of Latin America. *Valdai Discussion Group*. <https://valdaiclub.com/a/highlights/brics-and-the-dilemmas-of-latin-america/>
- STUENKEL, O. (2025, 31 de marzo). Brazil. En S. PATRICK et al., *BRICS Expansion and the Future of World Order: perspectives from member states, partners, and aspirants*. Carnegie Endowment for International Peace. <https://carnegieendowment.org/research/2025/03/brics-expansion-and-the-future-of-world-order-perspectives-from-member-states-partners-and-aspirants>
- ZHAO, T. (2025, 31 de marzo). China. En S. PATRICK et al., *BRICS Expansion and the Future of World Order: perspectives from member states, partners, and aspirants*. Carnegie Endowment for International Peace. <https://carnegieendowment.org/research/2025/03/brics-expansion-and-the-future-of-world-order-perspectives-from-member-states-partners-and-aspirants>



Guilherme Casarões

Doctor y magíster en ciencias políticas por la Universidad de São Paulo y magíster en relaciones internacionales por la Universidad Estadual de

Campinas. Profesor asociado de estudios brasileños en la Universidad Internacional de Florida. Su línea de investigación se enfoca en la política exterior brasileña y en la política latinoamericana.

X: @Gcasaroes

Las élites de la izquierda latinoamericana. Reconfiguración y poder en el nuevo orden multipolar

FERNANDO PEDROSA



En este artículo se analizan las razones que han impulsado las relaciones de América Latina con los países del BRICS en los últimos años. Se examina el papel de Brasil, el nuevo panorama geopolítico y la reciente expansión del BRICS a la luz de los desafíos y oportunidades que se abren para América Latina.

Introducción

A fines de los años noventa concluyó una etapa de debilitamiento de los Estados nacionales. Esa fragilidad se expresó en dos planos. Por un lado, la irrupción de actores económicos transnacionales generó una competencia interna que antes estaba regulada o directamente contenida por los propios Estados. Por otro, la disolución de la Unión Soviética y el final de la Guerra Fría dieron lugar a un sistema internacional unipolar que redujo de forma drástica los márgenes de acción estratégica fuera de las fronteras nacionales.

Con el nuevo siglo, los gobiernos de izquierda que llegaron al poder en América Latina enfrentaron un escenario diferente. Así pudieron impulsar un retorno a la regulación estatal. Promovieron un capitalismo más cerrado, articulado con élites vinculadas al aparato público. En algunos casos también contaron con corporaciones transnacionales dispuestas a aceptar las nuevas reglas.

Al mismo tiempo, la progresiva vuelta a un mundo multipolar abrió oportunidades estratégicas externas. La erosión de instituciones y normas internacionales que limitaban la soberanía nacional absoluta reforzó el poder interno de los Estados. En ese marco, China, Rusia e Irán aparecieron como socios

posibles, sin exigir reformas democráticas o compromisos en derechos humanos.

Los Estados latinoamericanos se hicieron más fuertes hacia adentro y ganaron margen de maniobra en un sistema internacional en disputa. Ese fortalecimiento estuvo impulsado, sobre todo, por el auge de los *commodities* exportables.

Como consecuencia, esos gobiernos y las élites nacionales que los sostenían —en su mayoría de izquierda— también se consolidaron.

Este artículo analiza cómo la nueva izquierda latinoamericana —y sus élites— respondieron a los efectos del colapso soviético. Lo que pudo haber sido una crisis, lo transformaron en una oportunidad para adaptarse, fortalecerse y expandirse como nunca antes había ocurrido.

Los que mandan (e influyen)

Antes de avanzar es necesario precisar qué entendemos por élites. Para este trabajo se usará la definición de Turchin (2023, p. 17), que ofrece la flexibilidad suficiente para aplicarla a la coyuntura latinoamericana. Según este autor, las élites son aquellas personas que poseen mayor poder social y, por lo tanto, logran influir en otras, de diferentes maneras.

La capacidad de influir es hoy un rasgo central y novedoso. Esto interpela las visiones más anacrónicas, que reducen las élites a las viejas oligarquías del siglo XIX (García Delgado et al., 2018). Los profundos cambios sociales y tecnológicos de las últimas décadas vuelven insostenible esa mirada y hacen necesaria su revisión (Merkel, 1994).

En ese marco, la idea de élite como oligarquía suele presentarse como un obstáculo permanente al triunfo popular. Se le atribuye una voluntad homogénea y sistemática de impedir los procesos de transformación promovidos por las mayorías sociales, también concebidas como homogéneas y esencialmente bondadosas (Cannon, 2006). Sin embargo, la realidad es siempre más compleja que este relato.

Las viejas y nuevas élites latinoamericanas

Este trabajo no busca seguir de manera exhaustiva la trayectoria histórica de las élites latinoamericanas ni elaborar una radiografía detallada de cada país. Ese ejercicio sería monumental.

Lo que interesa destacar es, primero, que un rasgo común ha sido su *heterogeneidad*. Lejos de constituir bloques monolíticos, las élites siempre mostraron fragmentaciones, disputas y enfrentamientos, motivados por diferencias ideológicas, intereses sectoriales y lógicas de poder.

Concebir las élites como sectores con capacidad de influencia permite ver un panorama dinámico y activo en el que distintos grupos disputan el poder. Incluso hay élites entre los derrotados o los que no alcanzan el poder. En este marco, la propia élite nacional se configura como un cuerpo en tensión y en conflicto permanente.

Un segundo rasgo recurrente de las élites latinoamericanas ha sido la persistencia de

« La idea de América Latina surgió entonces como una construcción impulsada por sectores de la élite que buscaban reforzar una pretensión universalista y, al mismo tiempo, contraponerse al avance de Estados Unidos en la región. »

un nacionalismo intenso, donde el latinoamericanismo funcionó como una variante supranacional.

Este nacionalismo constituyó no pocas veces un punto de encuentro entre sectores de izquierda y de derecha dentro de las élites, unidos en su rechazo a los valores y prácticas atribuidos a los Estados Unidos. Esta dinámica contrasta con Europa y Estados Unidos, donde la división entre izquierda y derecha se configuró de manera más rígida y excluyente.

No se trata de un fenómeno reciente ni exclusivo de la segunda mitad del siglo XX. Desde 1898, con el triunfo estadounidense en la guerra contra España, se consolidó en la región un rechazo hacia esa nueva potencia global. Estados Unidos era percibido como portador de un individualismo y un materialismo que chocaban con tradiciones muy arraigadas en América Latina.

A diferencia del siglo XIX, cuando muchas élites tomaban a Estados Unidos como referencia, otros sectores —intelectuales, políticos y académicos— adoptaron un *romanticismo hispanista*. Este se vinculó a veces con el catolicismo integrista y, en otros casos, con distintas vertientes de un pensamiento latinoamericanista emergente.

» [Las élites latinoamericanas] constituyeron un universo heterogéneo e ideologizado, con rasgos nacionalistas y confrontativos frente al pasado, el presente y el futuro, y atravesado también por la violencia. »

El nacionalismo latinoamericano

Como ha demostrado Quijada (1998), la idea de América Latina surgió entonces como una construcción impulsada por sectores de la élite que buscaban reforzar una pretensión universalista y, al mismo tiempo, contraponerse al avance de Estados Unidos en la región. Años más tarde, ese terreno resultó fértil para el surgimiento de discursos populistas de diverso signo —civiles y militares, de izquierda y de derecha—.

En el contexto de la amenaza comunista de las décadas de 1960 y 1970, especialmente tras la Revolución cubana, las élites latinoamericanas no se alinearon automáticamente con Estados Unidos. Por el contrario, muchas de ellas procuraron mantener perfiles nacionalistas que preservaran ciertos márgenes de autonomía.

Incluso desde esos mismos sectores surgieron afinidades hacia proyectos cercanos al comunismo. También se abrieron a contactos con países del llamado sur global y con los movimientos de liberación nacional en África y Asia. Esto contrasta con ciertas lecturas académicas e intelectuales de izquierda que imaginaron un respaldo unifor-

me (Vommaro y Gené, 2018).

Este escenario diverso y tensionado explica, en parte, las respuestas autoritarias de otros grupos de la élite, en muchos casos articulados a través de liderazgos personalistas de corte autoritario o, directamente, mediante golpes militares o revoluciones.

Esta síntesis muestra que las élites latinoamericanas no pueden reducirse a una aristocracia cerrada ni a una oligarquía meramente extractiva —como en Bull (2013)—. En realidad, constituyeron un universo heterogéneo e ideologizado, con rasgos nacionalistas y confrontativos frente al pasado, el presente y el futuro, y atravesado también por la violencia.

Los resultados de esas disputas tampoco fueron homogéneos, sino variables según los contextos nacionales.

La izquierda latinoamericana después del socialismo real

En América Latina, la caída del Muro de Berlín no tuvo el mismo impacto que en Europa. Allí fue un acontecimiento aturdidor para amplios sectores intelectuales y políticos. Para la izquierda latinoamericana, en cambio, el efecto fue más limitado.

Esto se explica porque nunca fue enteramente marxista ni se definió solo en relación con el comunismo soviético. Aunque adoptó elementos socialistas, sus matrices ideológicas fueron más heterogéneas, combinando influencias del nacionalismo, el catolicismo de inspiración jesuita, el populismo y diversas tradiciones políticas nacionales.

Por eso, las élites políticas e intelectuales no quedaron paralizadas tras el colapso soviético. La izquierda regional era más plural, híbrida y enraizada en tradiciones locales, antes que en una estricta filiación marxista-leninista.

Esa variedad, que a veces dificultaba la acción colectiva, encontró en Cuba un gran facilitador. La isla ofreció un horizonte común de resistencia frente a Estados Unidos y, al mismo tiempo, un modelo propio —distinto del soviético— para organizar luchas sociales y políticas en la región.

Esto potenció su influencia y le permitió desempeñar un papel destacado en la articulación de las élites latinoamericanas más izquierdistas. Estas no eran socialmente marginales, como suele señalar la literatura académica, ni homogéneas en torno a los ideales revolucionarios.

La relación de Cuba con la Unión Soviética tampoco fue de seguidismo total. La isla tenía proyectos propios y, por eso, estuvo más cerca de guerrillas urbanas y organizaciones armadas que de los tradicionales —y burocráticos— partidos comunistas.

Los partidos comunistas latinoamericanos, por su parte, desempeñaron un papel a menudo ambiguo o incluso contradictorio. En ocasiones, sus estrategias políticas los llevaron a respaldar opciones difíciles de justificar desde una ortodoxia revolucionaria.

Existe, por tanto, una tradición de diversidad en las élites latinoamericanas. A partir del siglo XXI, esa tradición experimentó un cambio sustantivo con la emergencia del socialismo bolivariano. Dicho proyecto impulsó una ofensiva regional orientada a homogeneizar en su favor a las distintas trayectorias de las élites nacionales, tensionando con aquella pluralidad histórica.

El cambio en la historia de las élites

Una de las pruebas de que la izquierda latinoamericana supo enfrentar los efectos de la caída del socialismo es que ya en 1990 —incluso antes de la disolución de la URSS— contaba con una estrategia para responder a la crisis.

❖ **Ante la crisis de referentes de la izquierda europea, las agendas latinoamericanas comenzaron a proyectarse sobre el viejo continente. De manera inédita, también influyeron en sectores de las élites estadounidenses, tradicionalmente más cohesionadas durante la Guerra Fría.** ❖

La creación del Foro de São Paulo en ese mismo año fue un punto de inflexión. Reunió a políticos, movimientos sociales, intelectuales, figuras del mundo cultural, dirigentes religiosos y representantes de diversas corrientes de izquierda.

El propósito era articular un programa y estrategias comunes que pronto se difundieron por la región, favorecidos por el rechazo a los gobiernos de la década de 1990.

La llegada de Hugo Chávez al poder y su alianza con el comunismo cubano dieron al movimiento un liderazgo claro, un relato aglutinador y recursos significativos derivados del auge petrolero. Ese impulso se consolidó con el ascenso de nuevos gobiernos en Argentina, Bolivia, Brasil y Ecuador, favorecidos también por un contexto económico favorable.

Durante la llamada *marea rosa* —el ciclo de gobiernos progresistas y de izquierda en América Latina desde inicios de los 2000— emergieron nuevas élites políticas, culturales, intelectuales, tecnocráticas y burocráticas.

Estas se articularon en torno a los recursos estatales, pero también con un renovado capital político y simbólico, legitimado en



nombre de la redistribución social, la soberanía nacional y la integración regional.

Un punto decisivo en este proceso fue el Festival contra el alca, realizado en Mar del Plata, Argentina, en noviembre de 2005, en paralelo a la IV Cumbre de las Américas. Este fue un hito político-cultural que mostró al mundo las estrategias de las nuevas élites.

Se combinaban los discursos de Chávez, la presencia multicolor de los movimientos sociales latinoamericanos, representantes del mundo artístico-cultural —con Manu Chao— y referentes populares extrapolíticos como Diego Maradona.

También participaron figuras emergentes como Evo Morales, a quien la prensa europea y norteamericana presentaba con una imagen idealizada y romántica, difícil de sostener en la realidad. Lo mismo ocurriría poco después con el ecuatoriano Rafael Correa.

Un nuevo programa iliberal

El retorno a una multipolaridad cada vez más acentuada y el auge económico y político de las izquierdas del siglo XXI deri-

varon en un poder con pocas restricciones. Como estrategia original para su expansión —y legitimación— adoptaron agendas vinculadas tradicionalmente a valores posmatrerials europeos como el feminismo, la defensa del medio ambiente, el multiculturalismo o los derechos humanos y civiles.

Sin embargo, vaciaron estos contenidos de sus raíces liberales y los reformularon en clave identitaria y autoritaria. Así construyeron un relato políticamente correcto destinado a marginalizar o cancelar a disidentes y opositores.

En el plano teórico, estas transformaciones fueron sistematizadas por pensadores como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, cuyas elaboraciones ofrecieron un marco ideológico y académico para la acción.

La acción transnacional fue una de sus señas de identidad. Por ello, Grundberger (2023) los bautizó acertadamente como la *galaxia rosa*. Estos grupos se reconocían mutuamente, más allá del país, el tipo de organización o el sector de la izquierda al que pertenecieran.

Espacios como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), el Gru-

po de Puebla, la Internacional Progresista, diversas ONG transnacionales y la prensa progresista latinoamericana y europea se convirtieron en narradores *pretendidamente* «independientes».

Estos actores legitimaron acciones destinadas a desestabilizar a todo gobierno que intentara revertir o limitar las políticas bolivarianas. También contribuyeron a justificar las prácticas más autoritarias de los gobiernos aliados y a cancelar a sus críticos.

Ante la crisis de referentes de la izquierda europea, las agendas latinoamericanas comenzaron a proyectarse sobre el viejo continente. De manera inédita, también influyeron en sectores de las élites estadounidenses, tradicionalmente más cohesionadas durante la Guerra Fría.

Con el tiempo, el tradicional flujo de financiamiento de Europa hacia América Latina se invirtió. Desde la región —en particular desde Venezuela— comenzaron a financiarse intelectuales, organizaciones no gubernamentales y partidos políticos europeos, además de actores en otras regiones.

Ese proceso dio a la *galaxia rosa* una proyección más global.

La sobreproducción de élites

La combinación de abundantes recursos, liderazgos carismáticos, privilegios estatales para los adherentes y un relato ideológico cuidadosamente elaborado permitió a estas élites tomar el control de instituciones nacionales y supranacionales vinculadas a la cultura, la educación y la defensa de derechos.

Al mismo tiempo, favoreció la expansión del empleo público en beneficio de sus simpatizantes y la conformación de impresionantes *tramas de corrupción* como las del Partido de los Trabajadores de Brasil en torno a Petrobras destinadas al financiamiento ilegal de la política.

❖ Los sectores democráticos, liberales y conservadores, del centro a la derecha, nunca comprendieron la naturaleza del desafío que enfrentaban. ❖

Según el país, los distintos gobiernos distribuyeron grandes negocios entre las fuerzas armadas, los políticos más poderosos, los testaferros del poder, sus publicistas y los líderes territoriales. También canibalizaron el Estado entre sus partidarios.

Apelando a lo que Turchin (2023) denomina *sobreproducción de élites*, los gobiernos otorgaron al mismo tiempo microcuotas de poder a sectores barriales, sindicales, estudiantiles, intelectuales y del crimen organizado. Lo hicieron creando cargos, repartiendo recursos estatales y desplazando adversarios políticos. Muchos fueron despedidos, segregados o directamente exiliados.

Así se consolidó un universo de élites —autopercebidas— que creció de manera exponencial. Sus beneficios aumentaron incluso en un contexto de pobreza creciente, lo que reforzó la defensa de su estatus.

La renovada y consistente inserción de estas izquierdas en las élites les permitió afrontar períodos fuera de los gobiernos nacionales. Resistieron desde la oposición, los gobiernos subnacionales, las instituciones académicas o artísticas, y los movimientos sociales, con apoyo de sus redes transnacionales e incluso con fondos de cooperación internacional.

Mientras tanto, en la vereda de enfrente *ocurría todo lo contrario*.



« Otra de las características originales de los tiempos actuales es la aparición de un nuevo *animal transnacional* que agrupa Estados, guerrillas y carteles. Este fenómeno se observa con Venezuela y Cuba a la cabeza, en vínculos con organizaciones criminales como el Tren de Aragua o el Cartel de los Soles. »

¿Quién se opone a la marea rosa?

Un factor clave que explica el acceso al poder de los partidos de la marea rosa y sus sucesores es la debilidad de sus adversarios. Los sectores democráticos, liberales y conservadores, del centro a la derecha, nunca comprendieron la naturaleza del desafío que enfrentaban. Por eso no advirtieron con claridad que, una vez en control del Estado, las nuevas élites de izquierda difícilmente estarían dispuestas a ejercer —o a abandonar— ese poder siguiendo estrictamente las reglas del juego democrático.

En el caso venezolano, esto se tradujo en dinámicas propias de un Estado de corte totalitario. En Argentina, en cambio, se expresó en la subordinación de la sociedad civil al Estado. El resultado fue un país difícil de

governar con otras lógicas que no fueran la dádiva clientelar y la corrupción.

El estado en que los gobiernos del Movimiento al Socialismo dejaron a Bolivia —y la gobernabilidad del futuro presidente— es una incógnita que no parece sencilla de resolver. Lo mismo puede aplicarse a Honduras, a Nicaragua y a los procesos que actualmente recorren Colombia y México.

La lucha por el relato

Lo cierto es que aquello que no forma parte de la izquierda regional carece hoy de un relato común, de espacios y relatos compartidos y de redes transnacionales que articulen a sus actores. Tampoco cuenta con mecanismos simbólicos ni referentes culturales capaces de consolidar una identidad colectiva. Fuera de la galaxia rosa, todo es fragmentación.

Además, estos sectores no lograron unificarse electoralmente ni coordinar acciones conjuntas en congresos fragmentados. En muchos casos, esto dejó a sus propios gobiernos a merced de la ofensiva de la izquierda.

Un punto de inflexión fueron los conflictos sociales y políticos orquestados contra los gobiernos de Guillermo Lasso en Ecuador (2022), Mauricio Macri en Argentina (2017), Dina Boluarte en Perú (2022-2023), Iván Duque en Colombia (2019 y 2021) y Sebastián Piñera en Chile (2019).

Estos episodios fueron coordinados y diseñados para abrir las puertas del poder a la izquierda, algo que efectivamente logró en varios de esos países.

Un gran triunfo de la izquierda consistió en construir e imponer, como sentido común, una narrativa sobre sí misma. La presentó en clave naïf y maniquea, mientras que al mismo tiempo elaboraba un relato sobre su oposición, ubicándola en el campo de la desacreditada ultraderecha.

Las políticas impulsadas por la marea rosa permitieron no solo la consolidación de gobiernos de izquierda en sus países de origen. También favorecieron la proyección de una segunda ola, que llevó al poder a liderazgos significativos en otros Estados latinoamericanos, como Andrés Manuel López Obrador en México, Gustavo Petro en Colombia y Xiomara Castro en Honduras.

Esta nueva etapa otorgó mayor vitalidad a dinámicas de carácter autoritario. Se orientaron a la captura del Estado, la neutralización de la oposición, el control de la libertad de expresión y, en algunos casos, a la presión sobre el poder judicial para asegurar la continuidad de sus políticas. Un ejemplo de ello es la trayectoria de Claudia Sheinbaum, sucesora de López Obrador.

Otra de las características originales de los tiempos actuales es la aparición de un nuevo animal transnacional que agrupa Estados, guerrillas y carteles. Este fenómeno se observa con Venezuela y Cuba a la cabeza, en vínculos con organizaciones criminales como el Tren de Aragua o el Cartel de los Soles.

Conclusiones

La multipolaridad que abrió el siglo XXI favoreció la acción transnacional de la izquierda latinoamericana, donde la unipolaridad de los años noventa la había limitado.

En un mundo con múltiples actores en disputa, se ampliaron las posibilidades de desarrollar estrategias de ambigüedad geopolítica, de flexibilidad en la alineación internacional y de oposición al norte global.

El ingreso masivo de recursos y la consolidación de gobiernos fuertes —que eliminaron o debilitaron controles institucionales para neutralizar a las oposiciones— permitió completar una agenda que constituía el núcleo del proyecto político de la izquierda regional.

La izquierda se adaptó a las particularidades nacionales, aunque con un objetivo común: apropiarse de la élite para dar mayor profundidad a los cambios y asegurar su sustentabilidad en el tiempo.

Paradójicamente, mientras estaba en el poder, responsabilizaba de sus fracasos a una élite que en muchos casos ya había dejado de existir.

Así, una élite que en el pasado había sido heterogénea, contradictoria y diversa —incluso atravesada por la violencia— terminó por transformarse en algo mucho más homogéneo.

El pensamiento de izquierda quedó vinculado de manera casi indisoluble al Estado, a sus recursos y privilegios, y encontró en ellos la base de legitimidad y durabilidad de sus proyectos.

El progresismo se convirtió, a la vez, en el sentido común que articula los relatos de la academia y del mundo cultural.

En la medida en que a estas élites no se les enfrenten otras, ideológicamente opuestas, en el plano político, cultural, discursivo y de movilización social, la izquierda del siglo XXI seguirá en el poder —aunque no gobierne—. ♦

Bibliografía

- BULL, B. (2013). *Elites and environmental governance in Latin America: A framework for studying a contentious issue*. ENGOV Working Paper Series n.º 2. University of Oslo.
- CANNON, B. (2016). *The right in Latin America: Elite power, hegemony and the struggle for the state*. Routledge.
- GIBSON, E. L. (1996). *Class and conservative parties: Argentina in comparative perspective*. Johns Hopkins University Press.
- GRUNDBERGER, S. (2024). *La galaxia rosa: Cómo el Foro de São Paulo, el Grupo de Puebla y sus aliados internacionales so-*

cavan la democracia en América Latina. Konrad Adenauer Stiftung. <https://dialogopolitico.org/libros/la-galaxia-rosa>

MARCOS, J., y MATEO, J. J. (2016, 20 de junio). Venezuela Assembly probes Podemos funding from Chávez regime. *El País* (English edition). https://english.elpais.com/elpais/2016/06/17/inenglish/1466151454_189201.html

MERKEL, W. (1994). *Entre la modernidad y el posmaterialismo: La socialdemocracia europea a finales del siglo xx*. Alianza Universidad.

QUIJADA, M. (1998). Sobre el origen y difusión del nombre «América Latina» (o una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad). *Revista de Indias*, 58(214), 595-616. <https://doi.org/10.3989/revindias.1998.i214.749>

TURCHIN, P. (2023). *Final de partida: Élités, contraélités y el camino a la desintegración política*. Debate.

VOMMARO, G., y GENÉ, M. (Comps.). (2018). *Las élites políticas en el Sur: Un estado de la cuestión de los estudios sobre la Argentina, Brasil y Chile*. Universidad Nacional de General Sarmiento.



Fernando Pedrosa

Historiador y politólogo. Doctor en procesos políticos contemporáneos por la Universidad de Salamanca. Profesor titular de la Universidad de Buenos Aires. Profesor de posgrado en la Universidad del Salvador. Director del Grupo de Estudios de Asia y América Latina del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

X: @fpedrosa2